

	Met.	T. trimestre.
En Madrid...	10 rs.	30 rs.
En provincias...	12	36
En las Antillas...	24	72
En Filipinas...	100	300

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, admitirán remittidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de la de provincias en el pago de los correos, y también por letras de crédito a favor de la Administración; de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirá la suscripción de Ultramar. El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

AÑO I.

MADRID. — MARTES 1.º DE MARZO DE 1870.

NÚM. 17.

LEY MUNICIPAL.

(Continuación.)

Art. 70. En toda convocatoria para sesión extraordinaria se expresarán los asuntos que hayan de tratarse en ella, y no podrá el ayuntamiento ocuparse de ningún otro en la misma sesión.

Las convocatorias se harán con un día de anticipación por lo menos, y no se en los casos de mayor urgencia y quedando sujetos los acuerdos a ratificación en la sesión inmediata.

Art. 71. Toda sesión con carácter de ordinaria, fuera de los días señalados conforme al art. 68 de esta ley, así como cualquier extraordinaria no convocada por el alcalde en la forma y con las circunstancias que previenen los artículos 69 y 70, ó en que se trate de un asunto no anunciado en la convocatoria, es nula y de ningún valor, y nulos también los acuerdos en ella tomados.

Art. 72. Para que haya sesión y sean válidos los acuerdos de los ayuntamientos se requiere la presencia de la mayoría de los concejales.

Si en la primera reunión no hubiere número suficiente para acordar, se hará nueva citación para dos días después, expresando la causa; y los que concurran, pueden tomar acuerdo, cualquiera que sea su número.

Art. 73. Se entiende acordado lo que votaren la mitad más uno de los concejales presentes en sesión.

Art. 74. Los alcaldes, tenientes y regidores tienen todas voz y voto en las sesiones y acuerdos del ayuntamiento.

Son igualmente responsables por los acuerdos que autorizaran con su voto, sin que por ningún concepto les sea permitido abstenerse de emitirle.

Art. 75. De cada sesión se extenderá por el secretario del ayuntamiento un acta, en que han de constar los nombres del concejal presidente y demás presentes; los asuntos que se traten y lo resuelto sobre ellos; el resultado de las votaciones; la lista de las nominales cuando las hubiere, y los votos salvados en su caso.

Al principio de cada sesión se leerá y enmendará ó aprobará el acta de la anterior; verificando lo cual, se transcribirá en un libro destinado exclusivamente al efecto, donde la firmarán dentro de veinticuatro horas, á más tardar, todos los concejales que hubieren asistido á la sesión respectiva y el secretario del ayuntamiento.

El acta de la primera sesión de cada ayuntamiento será firmada por todos los que á ella concurran, expresando los que no saben firmar.

Art. 76. El libro de actas del ayuntamiento es un instrumento público y solemne; ningún acuerdo que no conste explícita y terminantemente en el acta á que se refiera, tendrá valor alguno.

Este libro estará extendido en papel del sello correspondiente, y todas sus hojas llevarán la rubrica del alcalde y el sello del ayuntamiento.

Art. 77. Las sesiones del ayuntamiento serán públicas. Solo serán secretas cuando los asuntos que en ellas hayan de tratarse tengan relacion con el orden público ó con la honra de la corporación, ó afecten al decoro y buen nombre de esta ó de cualquiera de sus miembros.

Las sesiones tendrán lugar precisamente en las casas consistoriales, pena de nulidad, salvo los casos de fuerza mayor.

Art. 78. A fin de cada mes en las capitales de provincia y de partido y pueblos que tengan más de 4,000 habitantes, y de cada trimestre en los demás, se formará por el secretario un extracto de los acuerdos más importantes tomados por el ayuntamiento durante el mismo; y aprobado por la corporación, se remitirá al gobernador de la provincia para su inserción en el *Boletín oficial*.

Art. 79. Todo asunto sobre que haya de resolver el ayuntamiento será primero discutido y luego votado.

Las votaciones serán nominales cuando no se trate de asuntos relativos á los mismos concejales ó á personas de su familia dentro del cuarto grado, en cuyo caso serán secretas, debiendo salir de la sesión mientras se discute y vote el asunto el concejal interesado.

Art. 80. Para el examen y preparación de los negocios de su competencia nombrarán los ayuntamientos comisiones compuestas de individuos de su seno.

Estas comisiones pueden ser permanentes ó especiales.

Art. 81. A principio de cada año fijará el ayuntamiento el número de comisiones permanentes en que ha de dividirse, confiando á cada una todos los negocios generales de uno ó más ramos de los que la ley pone á su cargo, y determinando el número de individuos de que han de componerse.

Tomado el acuerdo, se procederá inmediatamente á la elección de personas en votación secreta y por pape-

letas, reputándose elegidos los que obtuvieren mayor número de votos, y decidiendo la suerte en caso de empate.

Quando un alcalde fuere electo para una comisión, será su presidente.

Art. 82. Las comisiones especiales serán nombradas como las permanentes, pero cesarán concluido que sea su encargo.

Art. 83. En la misma época nombrará el ayuntamiento uno ó dos concejales, que con el nombre y carácter de procuradores síndicos representen á la corporación en todos los juicios que deba sostener en defensa de los intereses del municipio, y ejerzan la censura y revision de todas las cuentas y presupuestos locales.

Habrán un solo síndico en los ayuntamientos que tengan menos de 16 concejales, y dos en los restantes; encargándose el uno de la parte contenciosa y el otro de la económica.

Art. 84. Los trámites de instrucción y discusión no servirán nunca de excusa á los ayuntamientos para dilatar el cumplimiento de las obligaciones que las leyes les imponen.

CAPÍTULO III.

De las funciones administrativas de los alcaldes, tenientes y regidores.

Art. 85. El alcalde es el presidente de la corporación municipal y lleva su nombre y representación en todos los asuntos, salvadas las facultades concedidas á los síndicos.

Como jefe de la administración municipal es el encargado de la publicación y ejecución de los acuerdos del ayuntamiento, á cuyo efecto dictará los bandos y disposiciones convenientes, y procederá en forma legal y con imposición de las penas señaladas en el art. 61.

Todos los dependientes de los ramos de vigilancia y de policía urbana y rural están bajo su autoridad y mando, y puede, mediante justa causa probada, castigarlos con suspensión de empleo y sueldo hasta por treinta días y proponer su destitución al ayuntamiento.

Art. 86. Donde solo hubiere un teniente se dividirá el distrito municipal en dos secciones, próximamente iguales entre sí en población. Donde los tenientes fueren dos ó más, se dividirá el distrito en tantas secciones como sea el número de aquellos.

En el primer caso, el alcalde y teniente tendrán cada uno á su cargo una sección; en el segundo caso, las secciones serán repartidas solo entre los tenientes.

La division en todo caso será propuesta en junta de alcalde y tenientes, y acordada por el ayuntamiento, dando cuenta inmediatamente á la comisión y gobernador de la provincia para su conocimiento.

Art. 87. Los tenientes ejercerán cada uno en su sección las funciones que la ley atribuye al alcalde, bajo la dirección de este como jefe superior de la administración municipal.

Art. 88. Los distritos municipales de mas de 4,000 habitantes, y las secciones cuyo vecindario exceda de este mismo número, se dividirán en barrios, procurando que estos sean entre sí próximamente iguales en población, y quedando precisamente cada barrio comprendido en una sola sección.

Todo arrabal separado del casco de la población, así como cualquiera otra parte del distrito apartado del mismo casco, ha de constituir barrio, sea la que fuere su población.

Art. 89. En cada barrio habrá un alcalde del mismo, que, bajo la dependencia del teniente respectivo, ejercerá la parte de funciones administrativas que este le delegue.

Art. 90. Los alcaldes de barrio serán nombrados por el ayuntamiento de entre los vecinos con residencia en la demarcación respectiva.

Estos cargos durarán dos años, y son honoríficos, gratuitos y obligatorios.

Art. 91. Los alcaldes y tenientes necesitan licencia del ayuntamiento para ausentarse de su distrito por más de ocho días.

En ningún caso dejarán de dar aviso previo al que haya de reemplazarlos, comunicándolo además oficialmente al ayuntamiento cuando la ausencia exceda de dos días.

La licencia concedida y el nombre del que ha de reemplazar al ausente serán comunicados al gobernador en la fecha de aquella.

Art. 92. Los alcaldes de barrio no pueden ausentarse nunca del de su cargo por más de veinte y cuatro horas sin licencia del teniente alcalde de su sección, quien designará á persona que le reemplace durante su ausencia.

Art. 93. Los alcaldes, tenientes y regidores están obligados á concurrir puntualmente á todas las sesiones ordinarias y extraordinarias, no impidiéndoseles justa causa, que acreditarán en su caso.

Art. 94. Los tenientes reemplazarán al alcalde en todas sus atribuciones, y los regidores á los tenientes, por el orden establecido en el art. 31 en casos de ausencias, enfermedades ó vacantes interinas.

Art. 95. No pueden los concejales ausentarse en día de sesión ordinaria ó extraordinaria, ni por más tiempo que el que media entre dos ordinarias, sin licencia del ayuntamiento.

Solo se concederán licencias á la vez á la cuarta parte del número total de concejales.

Art. 96. Los alcaldes, tenientes y regidores no tendrán como tales tratamiento alguno especial.

CAPÍTULO IV.

De los secretarios de ayuntamiento.

Art. 97. Todo ayuntamiento tendrá un secretario pagado de sus fondos. El nombramiento corresponde exclusivamente al mismo ayuntamiento, previo anuncio de la vacante en el *Boletín oficial* de la provincia.

Art. 98. Para ser secretario se necesita ser español, mayor de edad, estar en el pleno goce de los derechos civiles y políticos, y poseer los conocimientos propios de la instrucción primaria superior.

En ningún caso podrán serlo:

1.º Los concejales del mismo ayuntamiento.

2.º Los notarios.

3.º Los escribanos de juzgado.

4.º Los deudores de fondos municipales como segundos contribuyentes.

5.º Los que tengan pendiente cuestión administrativa ó judicial con el ayuntamiento.

6.º Los empleados de toda clase.

El cargo de secretario es, sin embargo, compatible con cualquiera otro municipal y con sueldos por pension, retiro ó jubilación, cuando el total de los haberes no exceda de 5,000 rs. al año.

Art. 99. Los ayuntamientos pueden suspender ó destituir libremente á los secretarios.

El acuerdo será tomado por la mitad más uno del número total de concejales que, según la ley, deben componer el ayuntamiento, y comunicado al gobernador y diputación provincial con inserción literal del acta.

Art. 100. Las obligaciones de los secretarios de ayuntamiento, son:

1.º Asistir sin voz ni voto á todas las sesiones del cuerpo municipal, para darle cuenta de la correspondencia y expedientes en la forma y orden que se lo prevenga el presidente.

2.º Redactar el acta de cada sesión, leerla al principio de la siguiente, y aprobada que sea, hacerla transcribir fielmente en el libro destinado al efecto, cuidando de recoger las firmas, como previene el art. 75, y estampando la suya entera en el lugar correspondiente.

3.º Preparar los expedientes para los trabajos de las comisiones y la resolución del ayuntamiento.

4.º Anotar bajo su firma en cada expediente la resolución del ayuntamiento.

5.º Extender las minutas de los acuerdos y resoluciones del cuerpo municipal y de las comisiones en su caso.

6.º Preparar los expedientes, notar las resoluciones y extender las minutas de los acuerdos del alcalde, cuando no hubiere secretario especial al efecto.

7.º Certificar de todos los actos oficiales de cuerpo municipal y alcalde donde no hubiere secretario especial, y expedir las certificaciones á que hubiere lugar.

Estas, sin embargo, para ser válidas, requieren el V.º B.º del alcalde.

Por las que se expidan á instancia de parte que no sea pobre devengará el secretario un derecho fijo de una peseta sin el papel.

8.º Dirigir y vigilar á los empleados de la secretaría de que es jefe.

9.º Auxiliar á las juntas periciales, sin retribución especial, en la confección de amillaramientos y repartos.

10.º Cualquier otro encargo que las leyes le atribuyan ó el ayuntamiento le confiare dentro de la esfera y objeto de su empleo.

Art. 101. Donde no hubiere archivero será de cargo del secretario custodiar y ordenar el archivo municipal. Formará inventario de todos los papeles y documentos, adicionándole cada año un apéndice, del cual, así como del inventario, remitirá copia con el V.º B.º del alcalde á la diputación provincial.

Art. 102. En los ayuntamientos que no tuviesen contador, será cargo del secretario llevar los registros de entradas y salidas de caudales, autorizar los libramientos y tomar razon de las cartas de pago.

Art. 103. Los ayuntamientos pueden imponer á sus secretarios las correcciones disciplinarias que tengan por conveniente, dentro de sus facultades, por las faltas ó abusos que cometieren en el ejercicio de su cargo y no diesen lugar á encausamiento criminal.

Art. 104. Los secretarios de ayuntamiento lo serán del alcalde; pero en las capitales de provincia y en los pueblos de más de 12,000 habitantes, el alcalde tiene facultad para nombrar un secretario especial, cuyo sueldo será determinado por el ayuntamiento.

Art. 105. Los secretarios de alcaldía, donde los hubiere, quedarán, en cuanto á responsabilidad, igualados á los del respectivo ayuntamiento, salvadas las diferencias consiguientes en la parte de atribuciones.

CAPÍTULO V.

De los presupuestos municipales.

Art. 106. Los ayuntamientos formarán todos los años un presupuesto que comprenda los gastos que por cualquier concepto hayan de hacerse y los ingresos destinados á cubrirlos. Al efecto constituirá de su seno una de las comisiones permanentes de que habla el art. 81.

Art. 107. Los presupuestos anuales ordinarios contendrán precisamente las partidas necesarias, según los recursos del municipio, para atender á los servicios siguientes:

1.º Conservación y administración de las fincas y edificios municipales.

2.º Personal y material de todas las dependencias y oficinas.

3.º Servicios de policía urbana y rural, seguridad local y demás de comodidad y ornato.

4.º Personal y material de los establecimientos municipales de beneficencia é instrucción.

5.º Conservación y reparación de los establecimientos penales y carcelarios, y manutención de presos pobres y transeúntes que deban pasar sobre los fondos municipales.

6.º Conservación y reparación de los cementerios comunales.

7.º Conservación y reparación de las aceras y empedrados, paseos, parques y jardines, puentes, pontones, fuentes, cañerías, acequias y depósitos de agua de propiedad del comun, para servicio del público y de los particulares con derecho á él.

8.º Pensiones, censos y cargas de justicia que pesen sobre fondos municipales, así como las deudas reconocidas y liquidadas y réditos y consecuencias de contratos.

9.º Fomento, conservación y custodia de los montes y arbolados.

10.º Medios preventivos y de socorro contra incendios.

11.º Suscripción al *Boletín oficial* de la provincia en todos los ayuntamientos, y á la *Gaceta de Madrid* en las cabezas de partido y pueblos que excedan de 2,000 habitantes.

12.º Contingente del municipio en el repartimiento provincial.

13.º Una partida para imprevistos y calamidades públicas que no exceda del 10 por 100 del presupuesto de gastos.

14.º Las impresiones y anuncios, y todos los demás gastos que las leyes clara y terminantemente expresen como obligatorios, ó que sean precisos para su cumplimiento en lo que al municipio se refiera.

Art. 108. Los gastos comprendidos en los presupuestos municipales serán cubiertos con ingresos independientes de los generales del Estado, cuyo repartimiento y recaudación tendrán lugar con arreglo á lo dispuesto en la presente ley.

Art. 109. Los ingresos serán:

1.º Rentas y productos procedentes de bienes, derechos ó capitales que por cualquier concepto pertenezcan al municipio ó á los establecimientos de beneficencia, instrucción y otros análogos que de él dependan.

2.º Arbitrios é impuestos municipales sobre determinados servicios, obras é industrias, así como los aprovechamientos de policía urbana y rural, y multas é indemnizaciones por infracción de las ordenanzas municipales y bandos de policía.

3.º Un repartimiento general entre todos los vecinos y hacendados, en razon de los medios ó facultades de cada uno, para cubrir los servicios municipales en la totalidad ó en la parte á que no alcancen los anteriores recursos.

4.º Impuesto sobre artículos de comer, beber y arder de producción nacional, cuando por circunstancias especiales de la localidad la recaudación ó distribución del repartimiento ofreciese dificultades graves ó no pudiese cubrir la totalidad de los gastos presupuestados.

Art. 110. Solo será autorizado el establecimiento de arbitrios sobre aquellas obras ó servicios costeados por los fondos municipales cuyo aprovechamiento no se efectúe por el comun de vecinos, sino por personas ó clases determinadas, siempre que los intereses no le hayan adquirido anteriormente por título oneroso, así como sobre industrias que se ejerzan en la vía pública ó en terrenos y propiedades del pueblo; entendiéndose que el ayuntamiento no podrá atribuirse monopolio ni privilegio alguno sobre aquellos servicios sino en lo que sea necesario para la salubridad pública.

Art. 111. En conformidad á lo dispuesto en el artículo anterior, puede autorizarse el establecimiento de arbitrios sobre los objetos siguientes:

Aprovechamiento y abastecimiento de aguas para usos privados.

Alcantarillado.

Establecimientos balnearios en aguas públicas.

Guardia rural.

Establecimientos de enseñanza secundaria, superior ó especial.

Licencias para construcción de edificios.

Mataderos.

Puestos públicos y sillas en plazas, calles, ferias, mercados y paseos.

Alquiler de pesos y medidas.

Almohacén ó reposo.

Enterramientos en los cementerios municipales.

Coches de plaza y de servicios funerarios y carros de transporte en el interior de las poblaciones.

Expedición de certificaciones, por actos del ayuntamiento, ó documentos que existan en sus archivos.

Parte que concedan las leyes en la expedición de documentos de vigilancia, licencias de caza y pesca, y de navegación y flote de los ríos y aprovechamiento de aguas.

Y los demás análogos.

Art. 112. En ningún caso pueden ser objeto de arbitrios los servicios siguientes:

Aprovechamiento y abastecimiento de aguas para uso comun.

Alumbrado público.

Aceras y empedrados.

Vigilancia pública.

Beneficencia.

Instrucción pública elemental.

Limpieza, sin perjuicio de los aprovechamientos á que diere lugar.

Y otros de igual naturaleza.

Art. 113. Por excepción se autoriza la creación de arbitrios sobre la venta de bebidas espirituosas ó fermentadas, bien sea en establecimientos ó puestos fijos, ó bien por mercaderes ambulantes, tragineros, ó por los mismos cosecheros ó fabricantes; sobre los cañes, fondas, botillerías, posadas, hospederías y otros establecimientos del mismo carácter; sobre casas de baños; sobre toda clase de espectáculos públicos, y sobre juegos permitidos y rifas, en la parte que las leyes conceden á los ayuntamientos.

Art. 114. Los arbitrios expresados en el artículo anterior, salvo los relativos á casas de baños, espectáculos públicos, juegos y rifas, no serán autorizados en caso de existir los impuestos de consumo; pero los establecimientos enumerados pueden ser en todo caso objeto de un arbitrio especial por razon de vigilancia, que no exceda del 5 por 100 de la cuota con que contribuyan al Estado.

Art. 115. Los arbitrios sobre industrias que se ejerzan en la vía pública no existirán cumulativamente con el repartimiento general, sin perjuicio de lo cual las cuotas que por este concepto correspondan á los industriales pueden ser recargadas con un 5 por 100 por razon de arriendo ó uso de la vía.

Art. 116. Las cuotas que se impongan á las industrias mencionadas en esta ley, que se hallen incluídas en las tarifas de la contribución industrial correspondiente al Estado, no excederán del 25 por 100 de la cantidad señalada en estas.

Art. 117. El pago de multas é indemnizaciones tendrá lugar en un papel especial que la hacienda emitirá para el caso, entregándolo á los ayuntamientos que lo soliciten, y cobrando sobre él por razon de sello, un derecho que no exceda del 10 por 100 de su valor.

Art. 118. El repartimiento general comprenderá á todos los vecinos del distrito municipal, siendo para el efecto consideralos como tales los hacendados forasteros con casa abierta y labor ó industria por su cuenta. Tanto unos como otros contribuirán solamente por lo que corresponda á las utilidades que tengan en el pueblo, sea cual fuere su naturaleza. A los hacendados forasteros sin casa abierta en el distrito no se les impondrá sino con relacion á las dos terceras partes de estas utilidades.

Las que procedan de pensiones, intereses de capitales, sueldos ó rentas públicas, serán imputadas á sus poseedores en el pueblo donde residan.

Quedan exceptuados del repartimiento los pobres de solemnidad, los acogidos en los establecimientos de beneficencia y las clases de tropa de tierra y mar.

(Se continuará.)

FOLLETIN.

EL SIERVO.

III.

—Excusadme, replicó el intendente; ya veis que estoy ocupado.

—Si es cosa de un momento.

—Veamos, pues.

El padre Ambrosio miró al sumiller, que hizo ademán de retirarse.

—Quedaos, quedaos, dijo Moreau; supongo que no se tratará de ningún secreto.

—Absolutamente, contestó el guardian; no es otra cosa que hacer un servicio al señor conde.

—Entonces por qué os dirigís á mí?

—Porque el asunto os toca de cerca.

—¿Qué es ello, pues?

—Se trata de la recepción de los impuestos.

—¡Ah! exclamó Moreau, que prestó mayor atención.

—Juan me ha participado ciertas observaciones.

—Dejadnos, Bidois, le interrumpió con viveza Moreau, despidiendo al sumiller.

—¿Y qué observaciones son esas? preguntó el intendente cuando aquel salió.

—Pretende que podrían aumentarse en una tercera parte las rentas del conde.

—¿Aumentando los impuestos?

—No; disminuyendo los robos.

—¿Qué queréis decir? tartamudeó Maese Moreau se extremó.

—¿Yo? nada, repuso el padre Ambrosio; mas ese muchacho parece que tiene conocimiento del asunto... y, además, dice que tiene pruebas.

—¿Pruebas! exclamó el intendente perdiendo el color.

—Le he ofrecido prevenir al señor conde, que sin duda celebrará infinito averiguar la verdad, añadió el padre Ambrosio.

—Moreau hizo un gesto de terror.

—Solamente he creído conveniente, añadió el monje, advertiros antes, porque estos asuntos son de vuestra incumbencia.

—Y yo os doy las gracias, dijo el intendente con voz trémula; os doy las gracias, reverendo padre... pero ese Juan os ha engañado; es imposible que tenga la menor prueba.

—No lo sé; de todos modos, voy á darle cuenta al señor conde.

—Es inútil, rep

ESPERANZAS Y DESENGAÑOS.

Parece que desde hace algunos días aprietan los partidarios del duque de Montpensier para que se llegue pronto a una solución definitiva. Se comprende perfectamente, porque el caso apura, y pudiera desperdiciarse la ocasión: los medios a que se apela son ingeniosos, y grande la actividad que se despliega en los preparativos: se trata, según publica voz y fama, de prescindir de fórmulas e ir derechos al asunto; de evitar las contingencias de una votación y fiarlo todo a la habilidad, arrojando y fortuna por un golpe de mano. Esta es la opinión general, y tal vez hay algo más que racionales presunciones para fundarla. Es además opinión no menos recibida, que si el duque de Montpensier sube al trono a la carrera, bajará de él con no menor velocidad; mas esta opinión no somos nosotros los que hemos de admitirla y menos apoyarla, porque no se nos concede voz ni voto en semejante discusión, y se nos considera como párias ahora, y para después, en cuanto cierne al egregio candidato de los unionistas.

Sin ir más lejos, anoche mismo, uno de los periódicos de esa comunión política, al contestar ó hacerse cargo de una noticia que habíamos dado acerca del duque de Montpensier, y después de decir que el solo anuncio de su venida nos ha sacado de quicio, y que sus partidarios no se agitan, ni se hacen ilusiones, ni creen contar con determinados elementos; después de esto, decimos, nos anuncia que «si las ilusiones de que este (El Eco de España) habla se realizaran, para bien de España y honra de la revolución, en vez de proceder al desarme de los voluntarios de la libertad, la fuerza ciudadana se aumentaría y organizaría de tal manera, que vendría a ser el más fuerte antemural contra la restauración y haría imposible el que los moderados metiesen nunca la barba en el caliz, como vulgarmente se dice».

Nos parece muy bien dicho, y así ha de hablarse: con absoluta franqueza. Eso de que si las ilusiones de los montpensieristas se realizaran sería para bien de España y honra de la revolución, es del más puro entusiasmo y de un unionismo típico. El bien de España y la honra de la revolución sería que los unionistas quedaran solos y que reinara el que políticamente clavó el puñal en el corazón de una hermana a quien todo lo ha debido. La revolución quedaría honrada y correspondría a su origen: no se podría dar una síntesis más honrosa para ella: la deslealtad triunfante en Setiembre de 1868 se vería al fin coronada dignamente con Montpensier en el trono: sería la gran cúpula del edificio revolucionario.

Sería el bien y honra de la revolución, según dice el colega unionista, la coronación de Montpensier. Un lenguaje muy parecido, aunque en sentido inverso, empleaban los unionistas respecto a Isabel II, cuando la augusta señora los llamaba para elevarlos al poder. Después de haberla insultado y ultrajado de la manera más atroz, se desahicaban en elogios y se extendían en las más entusiastas defensas y apologías de la que el día anterior había sido objeto de sus iras; sin perjuicio de volver al día siguiente de su caída a las mismas acusaciones, a los mismos dicerios y a la misma saña de siempre. Desde el cirio de San Pascual, hasta los artículos de *El Diario Español*; desde el reconocimiento del reino de Italia, hasta los metalizos y fusilamientos de 1866; desde aquella carnicería de progreistas, hasta la sublevación de Cádiz, en unión con el general Prim, Ruiz Zorrilla, Pierrad y otros de los escapados de la venganza del 22 de Junio. Esto hicieron con la reina de España, y eso mismo harían con el rey de su partido.

No se procedería al desarme de los voluntarios de la libertad, sino que, por el contrario, la fuerza ciudadana se aumentaría y organizaría de tal manera, que viniese a ser el más fuerte antemural contra la restauración. Esto dice el diario unionista; y la historia dice que en 1854 los unionistas, viéndose con el agua al cuello, llamaron en su auxilio, desde Manzanares, a la fuerza ciudadana, para que fuese el más firme apoyo de todas las libertades; y que en 1856 esa fuerza ciudadana fué disuelta a cañonazos por esos mismos unionistas, desde el momento en que se atrevió a contradecir el mando exclusivo de los que la habían llamado, y que después de ametrallada, la dijo un ministro unionista que «había cumplido la ineluctable ley de su destino, y quedaba definitivamente disuelta». En efecto, había cumplido la ley de su destino: los unionistas estaban en el poder; ya no les servía para nada. Esta es la historia, y esa historia es en política la más segura de las profecías.

Pero donde campean más el ingenio, y sobre todo la franqueza del colega unionista, es en lo de que esa fuerza ciudadana «haría imposible el que los moderados metiesen la barba en el caliz».

Este es el punto de la dificultad; pero es el punto más pequeño: donde está la gravísima dificultad es en saber si los progresistas continuarán con la barba metida en ese caliz, donde pretenden remojarla suya los partidarios de Montpensier. Sin duda presumen arrojarlos con tanta facilidad como en 1856, y quedar tan holgados y gozosos como entonces; mas para tal caso, ya contamos con poder meter en ese caliz siquiera la punta de nuestra barba y aun toda entera y bañarnos muy a nuestro gusto y sabor: porque entonces ya seremos otros para los unionistas; ya vendrán a buscarnos y a minarnos como en 1856 después de los metrallazos; ya vendrán a buscarnos para entregarnos el poder, porque después de haber hecho otra balsa con la sangre progresista, querrán que vayamos nosotros a echar sobre ella espumas de arena, para que no se vea y poder presentarse como limpios y puros, llamándonos crueles y sanguinarios y cuanto otras veces nos han llamado después de sus sanguinarias crueldades.

Mas antes tendrían que pasar por otras amarguras: antes tendrían que vivir por algún tiempo con los progresistas y con esa fuerza ciudadana, como dice el colega; con esos progresistas y esa fuerza que habían impuesto que los unionistas metiesen la barba en el caliz, como desean hacerlo, por completo; antes tendrían que pasar por grandes amarguras para llegar a la última que sería irresistible; la de tener que decir de Montpensier más injurias y denuestos que los que escribieron contra Isabel II.

Bueno es que ni el duque ni sus partidarios se hagan ciertas ilusiones, como afirma el apreciable colega unionista, porque tanto como ahora sería halagüeño acariciarlas, sería doloroso tener que renunciar a ellas con un tristísimo desengaño.

SOBRE EL PROYECTO DENOMINADO DE LA UNIFICACIÓN DE LA DEUDA.

Artículo quinto y último.

Terminado en nuestro anterior artículo el examen de la ley, empezaremos hoy resumiendo los principales argumentos que expusimos en su contra, a saber:

1.º La unificación no es más que el pretexto para verificar un arreglo con los acreedores del Estado, a quienes la ley convoca al efecto. El fin del proyecto no puede ser otro que la disminución del interés de la Deuda. Si ante la junta de los tenedores de fondos públicos se presenta de buena fe el estado de la Hacienda, adquirirán el triste convencimiento de que, por la temeridad con que el Sr. Figuerola ha privado al fisco de sus rentas y la prodigalidad con que la revolución ha aumentado los gastos públicos, no hay medio de asegurarse el pago exacto de sus créditos, aunque convengan en una reducción inverosímil. La ley, pues, es la declaración de la bancarrota del Estado, parcial según el ministro, total en nuestra opinión, si Dios no lo remedia.

2.º Los recursos para garantizar los cuatro semestres de los años 1870 y 1871 son a la vez gravosísimos e insuficientes. Su negociación, atendiendo al estado de España, constituiría la ruina definitiva del Tesoro. Es muy dudoso, sin embargo, que algunos de ellos puedan efectuarse, por descensar en combinaciones rentísticas de imposible realización ó poco menos. Pero, aun concediendo hipotéticamente que los recursos llenaran su objeto, llegado el año de 1873 la situación del Tesoro sería más precaria y desesperada que hoy día. La ley, en lo que se refiere a los recursos extraordinarios, se cimenta en dos fundamentos palmariamente inexactos: la minoración del déficit anual en proporciones fantásticas, y la enajenación ventajosa de valores desprestigiados ó de difícil simacolocación.

3.º Es altamente depresivo y costoso el encomendar a una compañía el pago de los cupones, que debe estar a cargo de las oficinas del Estado, y

4.º La ley suprime implícitamente las disposiciones vigentes acerca de las subastas públicas para los contratos que celebra el Estado. El ministro pretende, por medio de convenios clandestinos, vender los últimos restos de nuestra riqueza. No es este proyecto de los que admiten enmienda; hay que desecharlo íntegro. Digámoslo en una sola frase: este proyecto es el anuncio oficial de la bancarrota; la prueba más patente del empirismo ministerial; la exacta demostración del desconcierto de los planes del Sr. Figuerola; el colmo de la prodigalidad más insensata; el olvido intencionado de las leyes dictadas en pró de la moralidad para las contrataciones públicas; es el último escalón del descrédito; es, en fin, la ruina de la Hacienda. Y sin embargo, el Sr. Figuerola se llama nuestro salvador. Hé aquí un salvador que nos crucifica en vez de ser crucificado.

Para adoptar tan retumbante título, alega sus méritos en el preámbulo varias veces citado. Hallóse, dice, al estallar la revolución, que la deuda flotante del Tesoro era de 2,490 millones; se ha ocupado en reconstituir las rentas públicas, «en lamentable abandono encontradas»; y en la difícilísima liquidación del pasado. Con prudente reserva calla que ha liquidado la Caja de depósitos, no pagándola; ha reconstituido las rentas, suprimiendo ó haciendo bajar sus productos considerablemente, y ha aumentado la deuda pública en más de 10,000 millones.

Esta obra, añade, que mira a lo pasado y a lo presente, sería infundada si no atendiese al porvenir, si no desarrollase un sistema sencillo que haga renacer la confianza del capital y del trabajo, curando los males crónicos de la nación. El sistema sencillo a que alude es su famosa ley de unificación de la Deuda.

Como en los cuatro artículos que llevamos escritos hemos expuesto, con más ó menos orden, una serie de consideraciones suficientes para que el lector imparcial comprenda que el Sr. Figuerola, lejos de ser el salvador, debe considerarse como el verdugo de la Hacienda como es de todos sabido: que esta jamás estuvo tan mal como al presente, y como nadie ignora lo oscuro é incierto que se dibujaba el porvenir, vamos a limitarnos a hablar del pasado, con tanto más motivo cuanto que el señor ministro ha adoptado por estribillo el decir que no es responsable de los males que no puede negar, porque son «la obra devastadora del desorden» y del despilfarro del régimen anterior.

Dijimos en nuestro primer artículo que, en efecto, la situación que heredó el Sr. Figuerola era difícil, aunque no desesperada (como lo es hoy día); ahora tenemos que probar: 1.º, que el partido moderado no ocasionó esa situación precaria, antes al contrario, previniéndola, la anatematizó; 2.º, que el partido moderado aceptó patrióticamente la gravosa carga legada por la unión liberal para detenerse en el fatal camino por esta emprendido; y 3.º, que es consecuencia de las anteriores premisas, que el partido moderado no es responsable de la situación en que encontró el Tesoro la revolución, y que dicha situación sería peor si no haber estado en el poder nuestro partido.

No hemos aumentado los gastos, los hemos disminuido; no hemos aminorado los ingresos, los hemos hecho crecer; en nuestro tiempo no ha progresado el déficit, sino que ha disminuido el desmoronamiento de los presupuestos. Esto es lo que hay que demostrar de una manera que no quede duda alguna.

La historia contemporánea de nuestra Hacienda es bien conocida. En 1836, el gobierno progresista se vio en la triste necesidad de interrumpir el pago de los intereses de la Deuda; la nación se hallaba entonces empeñada en una sangrienta guerra civil. En 1845 propuso a las Cortes el señor ministro de Hacienda, moderado, D. Alejandro Mon, el sistema tributario que hoy rige en su mayor parte. En 1851 verificó el arreglo de las deudas el Sr. Bravo Murillo, entrando la Hacienda en condiciones normales hasta el año de 1854, en que la revolución, aboliendo la contribución de consumos, produjo un vacío en los ingresos que la derrama no pudo suplir. En 1855 se decretó la desamortización, y las Cortes Constituyentes, obrando con cautela, ordenaron que la mitad del producto de los bienes de que podía disponer el Estado se invirtiesen en la amortización de la Deuda pública consolidada.

La administración denominada de los cinco años alteró esencialmente el espíritu que presidió a la formación de la ley de 1.º de Mayo de 1855. La célebre ley del crédito de los 2,000 millones y sus consecuencias, son indudablemente la causa primordial del estado de nuestra Hacienda.

Y no menos contribuyeron a esa insostenible situación las costosas guerras de África, Méjico, Santo Domingo, Cochinchina y el Perú, en tiempo de la unión liberal emprendidas ó llevadas a cabo.

Aunque lo relatado son hechos notorios, robusteceremos nuestras afirmaciones con autoridades que el Sr. Figuerola no podrá menos de admitir.

No hay quien desconozca la competencia de nuestro ilustre correligionario el Sr. Bravo Murillo, y no podemos hacer de él mayor elogio que decir que el mismo Figuerola, que todo lo vitupera, tiene que confesar que «es un hombre distinguido, a cuyas luces hay que rendir tributo, y que sus atinados planes honran al partido a que pertenece». Pues bien: el Sr. Bravo, en 27 de Junio de 1865, se levanta en el Senado para censurar la gestión económica de la unión liberal. En su conducta vé la causa de la próxima ruina de la Hacienda, y conmina al gobierno del general O'Donnell para que se detenga en la vía emprendida. Vamos a copiar algunas de sus elocuentes palabras, que expresan por medio de un ingenioso apólogo el resumen de su acertado juicio sobre la administración de los cinco años:

El Sr. BRAVO MURILLO: «Desearé oír el Senado la razón que tengo para decir que la Hacienda en 1850 presentaba una situación mejor y más próspera que en la actualidad? Pues lo diré sin rebozo y con toda franqueza. Figúrese el Senado que se viene educando hace años a un joven en cuya educación nos hemos ocupado muchos; me ocupaba yo en aquel tiempo, y se ocupa hoy ó va a ocuparse el actual señor ministro de Hacienda. Ese joven, en cuya educación nos hemos ocupado tantos, era, en el tiempo en que yo le tuve a mi cuidado, pobre, sobrio en la comida, modesto en el vestido, criado en la miseria. De consiguiente, con poco que se hiciera en favor de ese infeliz, medraba, adelantaba, y parecía mucho más de lo que era. Pero el joven creció, han venido otros a cuidar de su educación, y la que le han dado es la siguiente: le han dado caballos, carruajes y vestidos magníficos; le han mandado al teatro, a bailes y a diversiones; le han rodeado, en fin, de todo género de placeres, enseñándole en el mayor lujo y ostentación. Pues bien: para adelantar a ese joven, para darle más de lo que tiene, es necesario mucho, muchísimo. Aquí tiene el Senado la razón en que me fundo.

«Desde hace mucho tiempo, pero especialmente desde 1859, desde que se entró en el tan mal llamado sistema de la desamortización, en el tan azaroso sistema de la desamortización, en ese sistema mortal para la nación (yo no hablo de la desamortización de los bienes, me refiero a la inversión dada a su producto), desde esa época, «repite, el joven se ha educado en el fausto, esto es, ha recibido una educación semejante a la del joven a quien un pariente rico tuviera el placer de suministrarle para todo género de goces, sin embargo la riqueza, por consistir en un gran sueldo ó por otro motivo, vitalicia. El joven se educa en la abundancia, en la profusión; pero muere el tío que sufragaba para todos los gastos, y el joven se queda sin poder continuar disfrutando aquellos goces, ni aun proporcionarse siquiera los medios de subsistencia. El camino para él es el del presidio, si no es de la horca».

Continuando la comparación, diremos que el acendrado pariente (la desamortización) ha muerto; que el joven educado por él en la abundancia (la España), no solo se encuentra acostumbrado a una vida holgada y cómoda, sino que a la sombra de las exageradas riquezas de su descendiente protector, ha contraído deudas enormes que no le es dable pagar.

Cuando se extinguió el crédito ficticio de que habíamos gozado; cuando se comprendió cuán deleznable y baladí era el fundamento de nuestra aparente prosperidad, sucede el partido moderado a la unión liberal. Dos únicos caminos podían seguirse: disminuir los gastos, ó aumentar los ingresos. Ambos sistemas fueron iniciados por dos hombres importantes de nuestro partido. El señor Moyano, cuyo temple de alma inquebrantable y cuya imaculada probidad han sido universalmente proclamados, fué el campeón de las economías. Hé aquí lo que aconsejaba a su propio partido estando en el poder:

El Sr. MOYANO: «Aumentaremos las contribuciones directas? No es posible.

«Hay, pues, que disminuir los gastos. Yo felicito al señor ministro de Hacienda por haber entrado en el camino de las economías, y envidio al Sr. Castro porque le ha tocado la honra de hacerlo. Pero bajar los gastos a la medida no es bastante; es preciso no limitarse a eso; es necesario ir a los gastos importantes, y en esa senda deben entrar todos los ministerios, y nosotros también. Como el mejor sistema de enseñanza es el ejemplo, démosle nosotros (los diputados) amonorando notabilísimamente, como podemos hacerlo, los gastos de nuestra casa».

El señor marqués de Barzanallana, persona de profundos conocimientos, de larga experiencia y reconocido tacto, sin renunciar al sistema de las economías, pensaba que las fuerzas contributivas del país no estaban agotadas, creyendo al propio tiempo, como el presidente del Consejo de 1851, que era posible vivir con moderación y pagar la

Deuda. Transcribimos alguno de sus notables pensamientos:

El Sr. BARZANALLANA: «Lo que hay sobre esto, hablando con franqueza, es que nuestro país está poco acostumbrado a sufrir, a satisfacer el impuesto que es preciso ir implantando, si no hemos de renunciar a todas las mejoras que están compensadas con una porción de cargas y de impuestos, sin cuyos productos esas ventajas son pura ilusión; proyectos imposibles de realizar y aspiraciones vanas de hombres que abrigaban elevados propósitos, pero que al tiempo de ejecutarlos no tienen el valor de hacer los sacrificios necesarios para su planteamiento».

Y bueno es observar que muchas de las obras de que se vanagloria la unión liberal fueron satisfechas en tiempo del partido moderado. Recordamos que en 1865 el Sr. Castro, que dicho sea de pasada, fué el primer ministro que comprendió con ánimo decidido la tarea patriótica y difícil de aminorar los gastos, dijo que la unión liberal había dotado a España de seis fragatas blindadas, pero que había dejado sin pagar cinco y media.

Nos vamos apartando del propósito que anunciamos, que era el de citar en pro de nuestros asertos autoridades que el Sr. Figuerola no pueda rechazar, pues no es de creer que para S. S. sean artículos de fé las opiniones de los señores Bravo Murillo, Barzanallana, Moyano y Castro.

Pero ¿serán para Figuerola ministro, atendibles las opiniones y los juicios de Figuerola diputado? De suponer es que así sea, y en tal concepto copiaremos algunas de las palabras que pronunció en el Congreso el 30 de Mayo de 1866 en aquella célebre sesión en que se comparó a la unión liberal con las «armeras que pasean su vergüenza por las calles». Discutíase la famosa ley de las siete autorizaciones, y el actual ministro de Hacienda pronunció un discurso que no tiene rípi y que insertaríamos íntegro si no ser por su mucha extensión. Nos circunscribiremos, por tanto, a transcribir lo relativo a la cuestión financiera, pero suprimiendo los improperios é insultos que a diestro y siniestro lanzó el diputado progresista contra sus amigos de hoy, los hombres de Vicalvaro, que fueron tales que obligaron al presidente Sr. Ríos Rosas a llamarle repetidas veces al orden, y a que la Cámara tumultuosamente pidiera que retirase el orador palabras inconvenientes, como en efecto lo hizo.

Según se va a ver, el Sr. Figuerola considera que los abusos, las guerras y la torpeza de la unión liberal, han acabado con el crédito y han perdido a la Hacienda. Los sucesores del Sr. Salaverria vivieron abrumados por las reclamaciones de la Caja de depósitos.

El Sr. Salaverria no hizo nada; era irremplazable para gastar, pero demostró su impotencia como ministro de ingresos.

El Sr. Alonso Martínez, no solo fué torpe, sino que fué su torpeza tal, que autoriza a los cavilosos a dudar de ella.

En una palabra, si no tenemos crédito es por la unión liberal, si no hay dinero en la Caja de depósitos es por la unión liberal, si no tenemos Hacienda es por la unión liberal. Oigamos al mismo orador, no se diga que somos infieles cronistas:

El Sr. FIGUEROLA: «Indíqueme la situación ventajosa en que se encontraba en aquella época (en tiempo de Salaverria) el ministerio de Hacienda para hacer grandes reformas. Como ministro de gastos era irremplazable el Sr. Salaverria; pero como ministro de ingresos y de recursos no supo más que demostrar su impotencia. El Sr. Salaverria nada hizo».

Censura después política y económicamente las guerras de África, Méjico, Perú y Santo Domingo. Al hablar de esta última, pronuncia el siguiente edificante párrafo:

«Las fallas de la unión liberal nos llevaron a ver perecer allí más de 15,000 de nuestros soldados y derrochados 300 millones. Si en vez de esos 300 millones hubiera gastado allí la unión 50 millones en obras públicas y no hubiera enviado aquellos prelos, Santo Domingo todavía pertenecería a España. Una frase para concluir sobre esto. Ha habido tales abusos en Santo Domingo, en la administración, que habreis visto llamado en la Gaceta un intendente por desfalco de 52 millones de reales».

El nombramiento del Sr. Alonso Martínez es blanco especial de sus tiros:

«Llama O'Donnell al ministerio de Hacienda a un hombre que había dicho que no servía para el caso. Ese hombre trae combinaciones rentísticas irrealizables, y la cuestión de Hacienda viene a sobreponerse a la cuestión de fuerza, y el mismo general O'Donnell viene a leerlos el proyecto de autorizaciones».

Cree que sin orden no puede haber Hacienda, exclamando:

«No se salvará el país, mientras no entremos en un periodo de tranquilidad».

Acusa a la unión liberal de haber perdido el crédito de España, indica que los sucesores de Salaverria no podían vivir, abrumados por la Caja de depósitos, se burla del Banco inglés, y lanza la envenenadora retención con que finaliza el párrafo. Para Figuerola no hay hora segura.

«¿Qué se ha hecho de nuestro crédito? dice. ¿Quién le ha perdido? La unión liberal, abusando extraordinariamente de él. Los ministros que han sucedido al Sr. Salaverria han estado constantemente abrumados con las reclamaciones de la Caja de depósitos. Los déficits son ya patentes, y ascienden a 900 millones, y esto después de haber enjugado otros déficits con los medios que se destinaban a la Caja de depósitos. ¿Cómo he de andar yo ahora los medios que se piden para esa Caja, si presumo que se hará con ellos lo que se ha hecho otras veces? Además, ¿puede usarse del crédito cuando no lo hay? Esto es una locura. El Sr. Alonso Martínez propuso aquí hace tiempo la creación de un Banco, del cual yo he de decir más sino que su señoría no ha examinado documentos ningunos, que se ha fiado de la palabra de uno que se decía ser representante de nosotros, y que quiso crear un establecimiento garantido por el National Bank, el Union Bank, y la casa Overland Gurney y compañía, que han quebrado después, y que lejos de traernos aquí un solo scheling, hubieran tratado de sacarnos el poco metálico que tenemos».

«Pero además, ¿qué sistema corresponde ese Banco? A ninguno; desde el día que se supo la existencia de ese Banco, debió retirarse ese

gabinete: yo no dudo de su probidad, pero ha sido tal su torpeza, que autoriza a los cavilosos a dudar de ella».

Expresa que debía aceptarse el sistema del señor Moyano:

«Hoy pedis prestado en malas circunstancias, y aunque no pitalis hoy, todo el mundo sabrá que necesitáis dinero: ¿cuánto mejor no es aceptar el sistema del Sr. Moyano? Esa emisión no puede hacerse ventajosamente mientras no se nivele el presupuesto».

Y sententiza sus cargos a la unión liberal con esta terminante y tremenda frase:

«Vosotros habéis concluido con la Hacienda».

«La Hacienda concluye con vosotros».

«Todo esto es bien claro, bien explícito. La Hacienda, según Figuerola, estaba muerta y los muertos no resucitan».

Vamos, sin embargo, lo que pasó después de aquella época.

Elevado de nuevo a los consejos de la corona el general Narvaez, llamaron a la puerta del penúltimo ministerio de la reina cuatro pavorosos la crisis financiera, la crisis política, la crisis alimenticia, la crisis metálica.

Las circunstancias eran abrumadoras; pero eran hereditarias las fuerzas del partido moderado. Se venció en lo posible la crisis alimenticia, producto de la pérdida de dos cosechas, fomentando las obras públicas y abriendo los puertos para la libre importación de cereales.

Se venció la crisis metálica satisfaciendo el gobierno al Banco de España los créditos que le adeudaba. Este establecimiento, cuyos billetes llegaron a perder hasta 14 por 100, estuvo en actitud de cambiárselos sin limitación alguna.

Para vencer la crisis financiera, se adoptaron medidas salvadoras. El Sr. Barzanallana, en el presupuesto de 1867-68, propuso 151 millones de aumento en los ingresos por nuevas contribuciones; 110 millones de economías en los gastos, reduciendo los cálculos de los ingresos del anterior presupuesto en 175 millones.

Se venció la crisis política derrotando a los revolucionarios en Cataluña. Ciertamente que, un año después, la revolución salió victoriosa, pero para ello fué preciso que los servidores de la reina abandonaran su causa sin abandonar los altos é importantes puestos que debían a la confianza de su majestad. Contra esa arma no hay defensa. Nada sirve que atranque la puerta si el enemigo está dentro de casa.

Pero volviendo al terreno especial de nuestros escritos, preguntaremos: ¿después del año de 1866, empujó o mejoró la Hacienda? Ya lo hemos manifestado; el Sr. Barzanallana concluyó con la crisis monetaria, disminuyó gastos y aumentó ingresos. Al Sr. Barzanallana sucedieron, continuando la obra de reconstitución emprendida, el modesto y laborioso Sr. Sánchez Ocaña y el honradísimo Sr. Orovio. Este que fué el último ministro de Hacienda de Isabel II, dejó al Sr. Figuerola una existencia en las tesorerías de 52 millones de reales, algunos de los que fueron gastados por la revolución, sin que se haya dado cuenta de su inversión, según nuestras noticias; una ley para realizar 400 millones efectivos en títulos del 3 por 100, cuya ley utilizó inmediatamente el ministro de la revolución; recursos, como los cobres de Río-Tinto, que la junta de Sevilla malvendió; varios créditos sobre Ultramar, y por resto de ventas de bienes nacionales, y lo que es más importante, las rentas eventuales quedaron en alza. Todo esto lo tomamos de los datos oficiales que el Sr. Figuerola ha publicado.

Queda, pues, demostrado que la situación precaria en que encontró al Tesoro el Sr. Figuerola, se debe, según sus propias palabras, a la unión liberal, y que esta situación sería peor, si el partido moderado no hubiera acabado con la crisis metálica, acrecido los ingresos y disminuido los gastos.

Pero por negro que se quiera pintar el pasado de nuestra Hacienda cómo puede compararse con el presente y el porvenir?

La unión liberal, es cierto que derrochó inmensos caudales, mas ya que no otra cosa, las obras en su tiempo construidas en el país han quedado, mientras que ahora parece que se arroja el dinero a un insondable abismo.

Pasen nuestros lectores la vista por nuestro primer artículo y allí verán recopilados los actos desastrosos del Sr. Figuerola. ¿Y cuál es el estado del país después de tanto sacrificio? Involuntariamente lo confiesa el mismo ministro cuando dice a las Cortes, al proponer la ley de unificación: «Con la revolución ha sobrevenido un periodo de contracción en la vida industrial del país, acompañado del temor que los capitales tienen, exagerado por exuberantes ideas y antagonismos de escuela que presentan al capital como enemigo del trabajo, y espantados al fin por las diferentes clases de enemigos que quieren anular ó utilizar en provecho propio la revolución de Setiembre».

Y del futuro, ¿qué diremos? El Sr. Figuerola cree que estaremos mejor después de vender nuestros últimos recursos, que es como sostener que el cuerpo tiene más vida cuando es ya cadáver.

Sin producción, sin trabajo, sin recursos, sin crédito, sin industria, sin agricultura, sin comercio, agotadas todas las fuentes, sedientos todos los labios... ¿qué porvenir nos espera?

La mar está agitada, el horizonte cerrado: ¡Ay de la nave si no varía de piloto! ¡Ay de la nave si el aquilon revolucionario la sigue empujando!

Cree *La Época*, y en nuestro concepto con razón, que de algún tiempo a esta parte viene abusando de las palabras revolución, legitimidad y partido conservador, y se propone, ya que no sea posible devolverles sus primitivas significaciones, explicar cómo ella las comprende, a fin de que cese la confusión que hoy reina.

Cierto es el abuso que lamenta el periódico de la calle de las Torres, y laudable su propósito; veamos ahora cómo cumple el cometido que se impone.

Las revoluciones, dice, son un mal; lo que la libertad y el progreso requieren son reformas realizadas, si es posible, con el concurso de todos y a la larga aceptadas por todos conformes.

Las revoluciones modernas no pueden tener la legitimidad de lo necesario; por tanto, es verdaderamente anómalo que algunos pretendientes a

hombres de Estado en España no encuentren un título más honroso que darse que el de revolucionarios.

De qué legitimidad hablan los conservadores? pregunta después *La Epoca*, y contesta. Si es la que se trasmite en una misma línea conforme a las leyes patrias y sin el concurso inmediato o inmediato de la soberanía popular, esa legitimidad murió en los campos de Vergara, y solo los carlistas tienen derecho a invocarla.

Esta aserción sorprenderá sin duda a nuestros lectores. La legitimidad de que hablan los conservadores es la que se trasmite por la línea legítima, conforme a las leyes patrias, pero esa legitimidad, ni murió ni podía morir en los campos de Vergara, cualquiera que hubiera sido el éxito de la lucha, ni son los carlistas los que tienen derecho a invocarla. Después del luminoso escrito de D. Santiago Tejada, publicado en el año de 1836, y que ha salido nuevamente a la luz pública, y de los folletos del presbítero D. Miguel Sanchez sobre el mismo asunto, no hay quien pueda dudar que con arreglo a la legislación patria, solo don Isidro II es el representante de la legitimidad, sin que haya que confundir el principio dinástico con los sistemas constitucionales ni absolutos.

Las leyes de sucesión a la corona no son hechas en favor de una familia, sino en favor de la nación; no en pro del príncipe, sino del pueblo, y como medio de evitar los mayores males que afectan los sistemas electivos.

Las leyes de sucesión, sabe bien *La Epoca* que son anteriores a la subida al trono de don Isidro II, y que fueron hechas por las Cortes y el rey, con lo que tenían la legitimidad más perfecta, la cual vino a confirmarla, por más de que no necesitase de confirmación, repetidas veces, la voluntad nacional y el triunfo de las armas.

A fin de no dar asentimiento con nuestro silencio a las palabras de *La Epoca*, hemos escrito las líneas anteriores, sin perjuicio de entrar en otro género de consideraciones cuando nos volvamos a ocupar de esta materia, con el detenimiento y extensión que el asunto merece. Entonces también manifestaremos nuestra opinión sobre lo que entendemos por conservadores de la revolución y conservadores de la sociedad.

En *El Tiempo* leemos con satisfacción y júbilo lo siguiente:

«Sin duda, con motivo de unas líneas dedicadas por *El País* a manifestar la actitud que, en su concepto, tienen los tres periódicos *La Epoca*, *El Eco de España* y *El Tiempo*, se ha dicho hoy en algunos círculos que existe entre ellos rivalidad y malquerencia.

Por lo que a nosotros hace, debemos declarar: 1.º Que *El Tiempo* no abriga tales sentimientos con respecto a ninguno de sus colegas;

2.º Que en cuanto a *La Epoca* y *El Eco de España*, particularmente nombrados, *El Tiempo* les profesa la más distinguida consideración, y el afecto más sincero.

El Tiempo no ha venido al estudio periodístico a dividir elementos de orden ni a rivalizar con los que lo defienden; en deseo, por el contrario, de conseguirlo hoy, para asegurarlos, haciéndolos focos de desconfianza, en vez de ser focos de amistad y compañerismo.

Pobre concepto mereceríamos a los ojos de nuestros conciudadanos, si bajo la presión de los males que nos asigen, tuviéramos los mezquinos sentimientos que *El País* y otros nos atribuyen hacia quienes hacen tantos y tan laudables esfuerzos por conjurarlos!»

Abundamos en los mismos sentimientos que nuestro apreciable colega.

Nosotros también hacemos todos nuestros esfuerzos para unir todos los elementos de orden y anti-revolucionarios, como lo demostramos diariamente; y tenemos la satisfacción de anunciar que la numerosa correspondencia que recibimos de nuestros amigos nos estimula a seguir por el camino comenzado.

Cuando los elementos anárquicos sostienen, con un vigor digno de mejor causa, tantos periódicos en la capital y en las provincias, no tiene nada de particular que el partido moderado-conservador tenga también diversos órganos.

Si un partido que ha mandado algunas veces en España, siempre con gloria, y que cuenta con numerosos partidarios, no pudiera sostener dos o tres periódicos, ese partido no merecería siquiera figurar en el número de las grandes agrupaciones en que se divide el país.

Vamos adelante en nuestra tarea común contra la revolución, procurando defender juntos los grandes y salvadores principios de nuestro partido, a los cuales se agarran siempre en su naufragio todos los gobiernos que quieren vivir y gobernar.

De un artículo que publica *El Tiempo*, titulado *La revolución pintada por sí misma*, copiamos los dos últimos párrafos, que son para nosotros de gran consuelo; que fortifican nuestras esperanzas, y que nos animan en el buen camino que hemos emprendido.

Dice así nuestro estimado colega, hablando de los revolucionarios:

«Y como término de tantas desdichas, osan poner su mano en la unidad católica, salvada por todos los partidos legales en 1837, 1845 y 1850, en cuyas épocas, oradores ilustres probaron su necesidad e importancia, creyendo un bien inmenso que, en medio de tantas vicisitudes y desgracias, saliera incluído ese principio en el patrimonio de los españoles. También intentan despojar al matrimonio de lo que más le enaltece, que es el sacramento; ataviando todos estos adelantos con la absoluta libertad de imprenta, y con los derechos individuales e ilegales, es digno reconocer así, y confesar que, al menos, se engañaron en sus propósitos.»

La revolución, pues, no tiene razón de ser. Su misión ha sido perturbadora todo, desmoralizado todo, y cuando las situaciones adquieren ese descrédito, es patético, es digno reconocer así, y confesar que, al menos, se engañaron en sus propósitos.

El Excmo. Sr. D. Laureano Figuerola ha contestado al Excmo. señor marqués de Bedmar, dándole honrosamente una satisfacción tan cumplida como pudiera apetecerla el ánimo más susceptible en cuestiones de decoro.

Nos alegramos, y no nos sorprende. El Sr. Figuerola solo mantiene sus insultos cuando los dirige a débiles e inofensivos señores.

El Sr. Figuerola se va a hacer verdaderamente célebre.

El periódico que pasa por órgano del Sr. Topete nada dice en su largo extracto de la sesión del sábado 26 sobre las palabras pronunciadas por el señor ministro de Marina, y de las dichas por el Sr. Prim sobre la *religión de la milicia*, pasó a lo expuesto por el Sr. Sorní sobre una interposición referente al mismo asunto, relegando al olvido al Sr. Topete.

Esa omisión que no es muy comprensible en el periódico a que aludimos y que como errata es muy sensible, nos hace sospechar si la omisión habrá sido intencional, a fin de no hacer resaltar más y más las monumentales contradicciones del señor ministro de Marina.

Algunos amigos de Antequera nos suplican les satisfagamos la curiosidad en que están de si un Sr. Aguilar recién nombrado, no embajador, ni ministro encargado, sino cónsul en Constantinopla con el sueldo de cinco mil duros, será el vecino de aquella ciudad, el Sr. D. José Antonio, candidato republicano derrotado en las pasadas elecciones para diputado constituyente por aquella circunscripción; el mismo que iba a la cabeza de la manifestación republicana que tuvo lugar en dicha ciudad en Junio último, y por último, el que después se presentó al señor gobernador de la provincia presidiendo la comisión de los diez republicanos que protestaban contra la elección municipal.

Nosotros sentimos no tener datos para contestar; pero creemos que el gobierno, al hacer ese nombramiento, lo habrá hecho con conciencia de que recaiga en un corresponsario político.

De nuestro apreciable colega *El Comercio* de Cádiz tomamos lo siguiente:

«Una correspondencia de Madrid refiere así los trámites que ha seguido el asunto de la separación del señor Hoppe:

Parece que entre este señor y el joven ex-filósofo subsecretario del ministerio de Ultramar, existía un disgusto antiguo, por causas completamente ajenas a la política. Creyó conveniente uno de los pasados días el Sr. Romero Giron hacer una visita al tribunal de cuentas, donde se presentó como subsecretario. Después de visitar varios departamentos de aquel centro administrativo, entró en la sala donde estaba el Sr. Hoppe, quien, según se dice, no le recibió con grande amabilidad. Esto incomodó al Sr. Romero Giron, y entre ambos señores hubo palabras desagradables. El subsecretario quería ejercer autoridad en aquel sitio, y el ministro del tribunal de cuentas le hizo entender que se equivocaba.

Ausentóse el Sr. Romero de mal talante, y como de referir el suceso al Sr. Becerra, este probablemente no hubiera tomado a su cargo la venganza del joven krausista, encontró medio más ingenioso para satisfacerla, cual fue ofrecer una plaza en la sala de Indias al Sr. Gasset y Artime. El Sr. Gasset no había pensado sin duda en ello, y parece que resistió los halagos del Sr. Romero. Fuera con consentimiento del Sr. Gasset sin él, accedió el subsecretario al ministro para que se diera a este la plaza del Sr. Hoppe, y el Sr. Becerra firmó la separación olvidando el precepto constitucional, que no se si recordaría en aquel momento el subsecretario.

Dició su acordada el tribunal, en vista de esta separación, y vino el conflicto.

El Sr. Becerra dijo con leal franqueza a sus compañeros de gabinete que no recordó cuando firmó el decreto lo que la Constitución disponía.»

Según cartas de Francia que tenemos a la vista, nuestro buen amigo el ilustre general Gasset ha caído enfermo al tener noticia de la muerte de su malograda hija Leocadia, de que hemos dado cuenta a nuestros lectores.

El desgraciado general no ha podido ejercer el tristísimo deber que nadie puede disputar a un padre de recibir la última mirada y aspirar el postrer aliento de su hija moribunda. ¡Cuántos dolores de familia han sembrado en nuestro suelo las discordias civiles de que viene siendo presa España hace años! ¡Qué triste es tener cerradas las puertas de la patria cuando a ella nos llaman los objetos más caros a nuestro corazón! Y cuando se reflexiona que solo por ser fiel y leal a sus juramentos se padecen infortunios tan grandes, el alma menos sensible se entristece y simpatiza con el consecuente y pundonoroso emigrado.

Acompañamos en su justo sentimiento a nuestro querido amigo, al bizarro general que asistió impávido a cien combates y que hoy hora en extranjera tierra la irreparable pérdida de una hija tan bella como digna de ser querida.

Vuelve *El País* a romper lanzas con nosotros, pero con bien escasa fortuna.

Basta decir a nuestros lectores, que no sabiendo qué contestar, se dedica a negar la evidencia; afirmando que Serrano, Prim y Topete no deben nada a la munificencia de S. M. la Reina. Después de lo que sabe todo el mundo, nos limitaremos a indicar al colega que pregunte a los mismos interesados, si es cierto lo que afirma.

Y después de esta salida verdaderamente imprevista del periódico del Sr. Topete, o sea del duque de Montpensier, añade:

«En cuanto a la trágica muerte de *El Siglo*, ¿qué quiere nuestro muy amable colega que le digamos? No concedemos nuestra aprobación a ninguna violencia; pero nos explicamos naturalmente el suceso, recordando el adagio que dice: «Quien mal anda, mal acaba.» Al desfigurar hechos, al calumniar a las personas más respetables, estaba *El Siglo* en sus glorias, pero... sic transit gloria mundi.»

Nosotros también nos explicamos naturalmente la muerte de *El Siglo*, y no hay persona en Madrid que no se la explique, y entre otros, por aquel adagio de que *las verdades amargan*. Pero ¿qué idea de la sociedad y del objeto de los tribunales tendrá formada el diario del ministro de Marina, si pretende, con más o menos libertad, no ya aplaudir, sino disculpar aquel acto de barbarie que promovió una enérgica y casi general protesta de toda la prensa, y que hizo preguntar a *El Imparcial* si estábamos en África?

¿Calumnió *El Siglo*? Pues habiendo llevado a los tribunales. ¿No se le llevó? No calumnió. Muy bien nos parece el recuerdo de la filosofía sentencia: *sic transit gloria mundi*, y es conveniente no la echen en olvido los que la han merecido; es decir, los que hoy están en la cumbre del poder.

De *El Tiempo* copiamos lo que sigue:

«Como en otro lugar decimos, anoche salieron en el tren correo los distinguidos y bizarros brigadistas D. Ale y

coronel Bárbara, el primero a Canarias y el segundo a Filipinas. Los muchos jefes, oficiales y amigos que estuvieron a despedirlos, se sorprendieron al ver que el Sr. Bárbara iba conducido por un capitán y cuatro guardias civiles, como si se tratase de un criminal. En vano procuraron inquirir cuál haya podido ser el atroz delito por el cometido, para que, sin proceder condena ni haber sido procesado, se le cause una vejación tan grande; pero bien se explica ello, al recordar que este valiente jefe tuvo la honra de ser ayudante de campo del general Narváez.

La tranquilidad de los desterrados, a pesar de que ambos se veían forzadamente separados de sus hijos, y los alegres plácemes que recibían de sus compañeros de armas, contrastaban notablemente con la tristeza pintada en los semblantes de los agentes del poder que en torno de ellos vagaban. ¿Necesitaremos decir en qué consistía esto?

El brigadista Dole, como el coronel Bárbara y cuantos allí se encontraban, no han faltado jamás a sus deberes, y tienen, por consiguiente, la tranquilidad de conciencia que esto proporciona.

Reciban nuestra cariñosa despedida.»

Después de hacer nuestras las palabras de *El Tiempo*, debemos agregar que ni ahora ni nunca está dentro de la esfera gubernativa el mandar a un militar de cuartel a Filipinas. Si un militar delinque, que se le forme causa; pero de ningún modo que se atropellen los fueros de la justicia con medidas abusivas y arbitrarias.

El entendido y apreciable coronel Sr. Nogueras, que es otro de los jefes destinados de cuartel a Canarias, salió el sábado en la noche para su destino.

Dice el *Gaulois* «que el rey D. Francisco de Asís va a hacer embargar los bienes mobiliarios de su augusta esposa la reina doña Isabel II, a fin de poner a salvo la fortuna de sus hijos que estaría comprometida por los gastos exagerados que hacen los administradores actuales.»

Si semejantes palabras no las hubieran copiado periódicos españoles, no nos tomaríamos el trabajo de dar un mentís al periódico francés; pero como trascritas en diarios españoles de bastante circulación sin correctivo alguno, pudieran pasar como ciertas, nos apresuramos a declarar que son completamente falsas.

Dice *El Legitimista Español*:

«Las diferencias entre progresistas y demócratas han llegado a ser tan hondas que, según *La República Ibérica*, los primeros nombraron embajadores siendo uno de ellos un director de gobernación, el cual, por sus compañeros pedía que se levantara la bandera del progreso sin mezcla de democracia ni otras adiciones.»

Nuestras noticias están conformes con lo manifestado en el párrafo que antecede, pues, según se nos ha asegurado, parece que los progresistas insisten en formar una situación completamente suya, descartando, no solo a los unionistas, sino a los elementos demócratas en todas sus diferentes variantes.

Dice *El Tradicional* de Valencia que ha oído decir que por disposición del gobierno han pasado a situación de reemplazo quince oficiales del regimiento inmemorial del Rey y once del de Aragón, ambos de guarnición en aquella plaza.

Por lo visto, entre reemplazos y deportaciones, el cuadro de oficiales y jefes del ejército va a quedar completamente renovado al gusto del día.

Para dar una especie de satisfacción a las impaciencias radicales, anuncia un diario democrático que la comisión del Congreso encargada de examinar y estudiar los proyectos presentados por el ministro de Gracia y Justicia, y la autorización pedida para plantearlos, ha llenado ya su cometido, y muy en breve han de someterse a la sanción de las Cortes Constituyentes.

Creemos que el colega democrático no está en lo cierto. Los proyectos Ruiz Zorrilla-Montero Ríos no han sido todavía completamente examinados por la comisión, y algunos de ellos hallan en los miembros más liberales de esta villa oposición, que no cesará si no se modifica radicalmente los que califican de anti-progresivos.

¡Qué sublime armonía reina entre los elementos de la mal llamada mayoría!

Anteayer estuvo en el salón de conferencias de las Cortes el diputado electo Sr. Puig y Llagostera. Dícese que muchos diputados de la mayoría se opondrán a que tome asiento en la Asamblea, por consecuencia del auto de prisión dictado a instancia del Sr. Figuerola.

Se ha recibido en el ministerio de Gracia y Justicia el testimonio que dirige a las Cortes el juez del distrito de Palacio, indicando autorización para procesar al diputado D. Jacinto Anglada, acusado de haber sido testigo de un lance de honor de fatales consecuencias.

Parece que el señor ministro de la Gobernación está recogiendo datos en Inglaterra y Francia respecto de la policía de ambos países, con objeto de organizar el cuerpo de orden público en España de la manera más acertada.

Se nos atenta que por más datos que se adquirieran, teniendo en cuenta los derechos individuales, no se logrará establecer un cuerpo de policía que llene el objeto a que se destina. Interin no se acate y respete la ley por todas las clases de la sociedad, nada importan los reglamentos.

Contestando el general Prim al Sr. Abarzuza, que aseguró en la Cámara popular haber tenido efecto una verdadera manifestación de jefes y oficiales al despedir a los desterrados, aseguró con mucha frescura que dichos oficiales no hicieron manifestación alguna; pero el conde de Rous se equivocaba grandemente, pues si hubiese estado, como nosotros, entre los infinitos amigos de los brazos y leales deportados, se hubiese convencido bien pronto de que hubo efectivamente una manifestación de cariño tan significativa como halagüeña.

Lemos en el *Correo de Ambos Mundos*: «Toma consistencia la noticia, según hemos oído, de estar elaborando un proyecto, haciendo obligatorio a todos los ciudadanos de cierta edad que se inscriban como voluntarios de la libertad.

En primer lugar, hay falta de lógica en tal proyecto porque lo obligatorio no puede ser voluntario; llámesele, pues, *obligación* o *compulsión* o *coacción*.

Porque será una ley contraproducente, toda vez que al republicano, al moderado y al carlista no se les puede obligar a defender cosa contraria a sus convicciones, a no ser que se quiera dar armas a los enemigos contra los intereses de las instituciones y los intereses de la patria.

Y por último, porque es más que contrasentido obligar a ser, no ya voluntario, sino milicia nacional forzosa, establecidos los derechos individuales.»

El ministro de Ultramar leyó el sábado en la noche en las Cortes el siguiente telegrama: «Habana 25 (recibido en Madrid el 26 a las nueve y treinta y cinco minutos de la noche).

Presentado coronel de insurrectos García, con cinco oficiales y ochenta hombres armados, abrazando soldados, gritando ¡Viva España! Batido enemigo en Nojaíras. Se cree muerto al cabecilla Recio.—Caballero.»

Otro síntoma de prosperidad creciente, decía con mucho énfasis el famoso ministro de Hacienda, creyendo parir así mejor los rudos golpes del Sr. Tutau en la sesión del sábado, es que los capitalistas españoles se acercan ya al gobierno a ofrecer sus capitales.

No creemos que esté ninguno tan mal con su dinero...

El Sr. Tutau ofreció presentar a las Cortes un proyecto de ley para que se nivelen en el percibo de sus haberes las clases pasivas. Si la Cámara lo aprueba, prometió a su vez el *impartido* Sr. Figuerola dejar la poltrona.

Ni aun así creemos que su señoría daría ese gusto al Sr. Tutau y al país: buena calma tiene el Sr. Figuerola para enfadarse por tan poco.

Que bien dijo el que dijo que «de la discusión sale la luz.» Nosotros creíamos de buena fe que había sobrados motivos para afirmar que los sentimientos de hidalgos característicos de la nación española habían menguado palpablemente desde la revolución *selembriana*, y así lo dijimos en nuestro número del domingo: pero hé aquí que *La Política* se digna rebatir nuestros asertos, y a pesar del tono humorístico de su artículo, nos ha demostrado que estábamos en un error. Tiene razón el periódico unionista; lo que sobra en España son hidalgos y caballeros. Gran torpeza fué la nuestra al echar en olvido a la flor y nata de la hidalguía y caballerosidad que, por merced especial del cielo, habita entre nosotros. Bien merecemos que *La Política* se ensañe con *El Eco de España* por nuestro culpable olvido. ¡Ira de Dios! ¿Qué no hay hidalgos, qué no hay caballeros en España? ¿Cómo se atreve a decir esto *La Política*, cuando según los malintencionados, *conspira* el nunca bien ponderado duque de Montpensier, candidato del periódico de la calle de San Miguel? ¡Ira de Dios! Y qué costosa tan abundante va a dar de hidalgos el futuro reinado del egregio duque. Con profesor tan competente, qué aprovechados discípulos saldrán.

Perdone *La Política* nuestra *impolítica* salida. Con tanta humildad se lo suplicamos.

Se empeñan en decir por ahí (los reaccionarios sin duda), que los liberales no protegen las artes. En prueba de que tal dicho es una infame calumnia, podemos citar un rasgo del Sr. Figuerola. En cierta provincia vive un artista muy conocido en su casa, que trabaja diariamente en un taller, y que además de su amor al arte, tiene entrañable cariño al presupuesto. Sabido esto por el Sr. Figuerola, ha conciliado los deseos del artista con los deberes del empleado, dando al sujeto en cuestión un destino en la planta de la administración económica de la provincia en que se encuentra, dotada con 800 escudos de sueldo anual y con la condición tal vez de no parecer por la oficina más que en el acto de firmar la nómina y cobrar la paga.

Si esto no es proteger las artes, liberalmente, que venga Olózaga y lo diga.

Entre los felices arreglos que nuestro célebre hacendista y regenerador, Sr. Figuerola, tuvo en la última sesión, desuellu por lo atrevido, gratuito y disparatado, aquello de que las clases pasivas han padecido en épocas más inmediatas mayor miseria que ahora, porque hoy, añadia, todo el mundo puede levantar la voz en reclamación de sus derechos, y entónces no se les debía reclamar.

Vamos por partes; en primer lugar, no recordamos nunca, en ningún tiempo, ni aun, creemos, que durante la guerra civil, una época tan desdichada y calamitosa como esta para aquellas dignas y respetables clases; y en segundo lugar, si bien los infelices cesantes y jubilados están há mucho tiempo poniendo el grito en el cielo en reclamación de sus derechos desconocidos y torpemente atropellados en el estúpido decreto de 23 de Octubre de 1893, que, como diría muy bien el Sr. Castelar, está destilando lágrimas y sangre de desolados huérfanos, de viudas desamparadas y de beneméritos y honrados funcionarios, el Sr. Figuerola, que así asevera en plana Cámara, que ahora, y no antes, pueden levantar la voz para reivindicar sus derechos las clases pasivas, deja perecer en la miseria y en la desesperación a estas mismas clases que, en vano, acuden a reclamar en todos los tonos y a todas horas de aquella calamitosa *financiera* los derechos de que se les despojó y de que han estado siempre en justa y legítima posesión.—Pero dirá su señoría: no es lo mismo predicar, que dar trigo.

Amargas y repetidas quejas están há tiempo dirigiendo los periódicos situacioneros a los cada día más raídos constituyentes por su poca devoción o falta de asistencia a la nocturna discusión de presupuestos. Machacais en hierro frío, quejumbrosos colegas. La indisciplina de los legisladores *selembrianos* tiene hasta cierto punto disculpa: no quieren autorizar con su presencia unos presupuestos que el país anatematiza con sobrada razón, porque su escandalosa cifra se compagina muy mal con las promesas que hicieron todos los diputados cuando no eran más que candidatos a la diputación.

PARTE OFICIAL.

Las Gacetas del domingo y lunes no contienen disposición alguna de interés general.

REVISTA DE LA PRENSA.

Para vergüenza eterna de la revolución y de sus hombres, y para que el pueblo español aprenda, si es que ya no tiene olvidado lo que puede esperar de una situación donde, a la par que se rompe nuestra gran unidad religiosa se trata a los pastores de la Iglesia católica con iguales consideraciones que a los criminales de más baja estofa, copiamos íntegro y sin más comentarios el artículo que *La Regeneración* dedica al viaje y llegada a esta capital en calidad de preso del señor

obispo de Osma, a quien enviamos el homenaje de nuestro respeto, felicitándole por la persecución de que es objeto y que hace resaltar más y más a los ojos de todos lo que es la entereza de un católico y la dignidad de un obispo. He aquí el artículo:

TRIUNFO DE LA IGLESIA.

Hoy, a las ocho de la mañana, se ha verificado la entrada del señor obispo de Osma que, traído entre siete guardias civiles, viene a responder del grave delito de no haber querido oír una notificación que, contra los usos y jurisprudencia recibida, sin recado previo de atención y por sorpresa, quiso hacersele el 23 del actual por el gobernador de la provincia de Soria, como auxiliar del juez de primera instancia de Osma, que parece ejecutaba una providencia del Tribunal supremo.

Precedió al viaje forzoso un auto de arresto ó detención, que se le notificó allí mismo, y desde el 23 rodearon el palacio episcopal dependientes de policía. El 24 ya se presentaron a la inmediación del palacio los voluntarios de la libertad, que serán unos veinte los que hay en el Burgo de Osma, cuarenta guardias civiles, treinta soldados de caballería, y al frente de este, que bien pudiera llamarse cuerpo de ejército, el gobernador civil a caballo. ¡La cosa no era para menos!

A las tres y media de la tarde salió el señor obispo, ó le sacaron de su palacio entre veinticuatro guardias civiles, llevándole hasta la Hortenola, donde pasó la noche, hospedándose el jueves en el meson de este pueblo, que tendrá unos treinta vecinos.

Oyó misa al día siguiente y pernoctó en Cobertelada, y el sábado en Parades, en cuyo punto celebró misa ayer domingo, viajando siempre en su coche, pero escoltado hasta Sigüenza, a cuya ciudad llegó el 27 a las cinco de la tarde. Allí fué recibido por el cabildo catedral, clero y pueblo que le acogió con la mayor adhesión y con manifestaciones de entusiasmo.

A pesar de la lluvia y mal piso, la concurrencia era inmensa; pudiendo decirse que el pueblo entero acogía al príncipe de la Iglesia con el respeto y estimación que se merece el mártir de su fe, y de los santos fueros de la Iglesia católica.

Se hospedó en casa del señor gobernador eclesiástico.

En todas partes custodiaban al señor obispo dos centinelas y el jefe de la Guardia civil a su vista, aunque guardando la mayor atención, como suele hacerlo siempre este brillante y distinguido cuerpo, que tan bien sabe conciliar lo más penoso de sus deberes con el respeto y veneración que le inspiran sus creencias y su educación.

Acompañan a S. E. una comisión del cabildo catedral de Osma, que la componen el señor doctoral y el canónigo secretario, Sr. Palacio; y desde Sigüenza viene el señor provisor y el canónigo magistral.

A la estación del ferro-carril de Medinilla de Madrid, a pesar de no haberse sabido hasta la madrugada, acudieron representantes de la Asociación de Católicos de la Junta Central de la comunión católico-monárquica, de la prensa católica, los diputados católicos, y entre otros muchos que no recordamos, los Sres. D. Leon Carabonero y Sol, conde de Canga-Arquielles, D. Vicente de la Hoz, D. Luis de Trelles Noguera, el conde de Vigo, el Sr. Aramendi, etc.

Estamos seguros que a haberse sabido con mayor anticipación la hora de llegada del señor obispo, habrían sido innumerables y de todas las clases sociales los que hubieran acudido a hacerse partícipes de la gloria que circunda al ilustre prelado, dignísimo sucesor de los Cavas y de los Horcos, víctimas también en estos últimos años de la grey liberal.

La Iglesia de Osma tiene la gloria de que sus prelaos parezcan designados por la divina Providencia para contener con su heroísmo las invasiones de los bárbaros de la civilización moderna.

Tiene en efecto aquella iglesia górmes fecundísimos de santidad y de heroísmo, que la legaron los Pedro de Osma, Juana de Aza y Domingo de Guzman.

El tren llegó a las ocho, y los católicos que esperaban a S. E. se apresuraron a saludarle.

S. E., siempre seguido, como hemos dicho, por siete guardias civiles, recibió las felicitaciones de los que aun a costa de su vida hubieran deseado colocarse en su lugar.

Descubiertos, arrodillándose a su presencia, y besando su anillo pastoral, diríase que el preso era un rey que recibía corte de sus súbditos. Y era verdad, porque el mártir cristiano que sufre persecución por la justicia, es un héroe sobre cuya frente divina el hombre de fe la aureola que circunda el rostro del santo, como llaman las sagradas letras al obispo.

Después de los homenajes de los católicos, ocurrieron incidentes que no pueden pasarse en silencio.

Los agentes del gobierno se mostraron dignos servidores suyos, eligiendo un coche simon de un solo caballo para conducir a su prisión al príncipe de la Iglesia, que fué trasladado a la Escuela Pia de San Antonio, acompañado por un jefe de orden público, sin permitir que fuese a su lado ni uno de sus familiares.

En uno de los coches iba el capitán de la guardia civil.

Al despedirse este de S. E. oyó palabras que revelan la dignidad, entereza y serenidad del ilustre señor obispo: *Agradezco a V. E. lo que me dice, y me alegro que esté V. E. en libertad.*

En efecto, el obispo estaba libre con la libertad de los hijos de Dios. Los que le guardaban, ligados con vínculos terribles que acosa desearían romper.

No era ciertamente comisión apetecible para un cuerpo cuyo instituto es, con honra suya y provecho público, perseguir malhechores, verse hoy empleado en tratar a los inocentes como criminales, en un tiempo y en un país en que Tertuliano tal vez podría decir cómo de los cristianos de su época, que los enemigos de la verdad todo lo invaden, las casas, los palacios, las plazas y las calles.

Felicitamos a los padres del colegio de San Antonio por la honra de hospedar y obsequiar a las víctimas de los que, sin saberlo, quieren exponerse a que la historia los llame los Dioclecianos del siglo XIX.

El señor obispo después de habérsele permitido comunicarse con todos los que salieron a felicitarle, fué puesto en incomunicación rigurosa.

Esta es la jurisprudencia revolucionaria.

Razon tuvimos en encauzar este artículo con el epígrafe de «Triunfo de la Iglesia», porque la Iglesia triunfa cuando está perseguida.

Para concluir, diremos que cuando Dios quiere perder a los hombres, los ciega.

Adelante, hombres de Septiembre, seguid por ese camino, que si satisface a vuestra sed de persecución, sirve para ir preparando la gran reacción moral que ha de salvar a esta sociedad que está pereciendo.

El obispo de Osma está tranquilo. Nosotros en su nombre os damos las gracias.»

Merecen concerse algunos párrafos del artículo que, con el epígrafe de *Armonías ministeriales*, publica *La Igualdad*, poniendo en relieve la ineficaz conducta del general Prim, quien después de haber rasgado el código militar hoja por hoja, tiene hoy la audacia de pretender ser más ordenado que la ordenanza misma, olvidando a la vez por completo aquellos preciosos derechos ilegales consagrados en el Código *selembriano*.

Dicen así:

«El ministro de la Gobernación y los de Guerra y Marina se hallan en el más perfecto y desastroso divor-

SECCION EXTRANJERA.

Decíamos en nuestra última revista, que la cuestión de las candidaturas oficiales hábilmente explotada por M. Picard, había ocasionado peripeccias inesperadas, viniendo a destruir en parte el triunfo alcanzado por el gabinete, y especialmente por M. Daru en el debate que tuvo por objeto el exámen de la política interior del ministerio del 2 de Enero. Grande ha sido también el éxito alcanzado por M. Ollivier en la sesión del 24 de Febrero, fecha memorable, supuesto que las doctrinas sustentadas por el guarda-sellos fueron aprobadas por 188 votos contra 56; pero este triunfo con ser gran grande, no lo fué tanto como el anterior, y dió a entender, bien claramente, que la mayoría de la Cámara no es tan compacta y homogénea como al ministerio convendría, poniendo además en evidencia el dualismo que existe en el seno del gabinete. Para nadie que haya seguido con interés el curso de los debates en el Cuerpo legislativo durante la semana última, será un misterio que mientras M. Daru y M. Chevaudier de Valdrome profesan opiniones conservadoras y buscan su apoyo en la derecha y en el centro derecho de la Cámara, el ministro de la Justicia es más radical y se inclina visiblemente hacia el centro izquierdo. ¿Cuáles serán las consecuencias de este indubitable antagonismo, no es fácil asegurarlo por el momento, pero es imposible desconocer su existencia y los resultados que en un plazo no remoto está llamado a producir.

Por de pronto, se ha observado la anomalía de que mientras en un principio la idea de la disolución del Cuerpo legislativo partió de la izquierda y fué sostenida energicamente por los diputados de esta fracción y sus órganos en la prensa, hoy apetece y sostiene esta solución la derecha de la Cámara, lastimada por las declaraciones quizá imprudentes de M. Ollivier en la cuestión de las candidaturas oficiales. Resucitar un asunto ya viejo y fallado por la mayoría; poner en tela de juicio la legitimidad de la elección de muchas individuos del Cuerpo legislativo, no nos parece prudente ni acertado; heridos estos en su amor propio, creen que se hallan en el caso de demostrar a sus conciudadanos que les sobran medios para luchar y vencer en los comicios sin necesidad de la protección oficial, y de aquí su deseo, claramente manifestado, de que sea disuelta la Cámara.

Pero si el discurso de M. Ollivier, en cuanto se refería al pasado, produjo el efecto que acabamos de indicar, en lo que dijo relación con el porvenir, fué quizás menos meditado, envolviendo la aceptación de compromisos, siempre difíciles de cumplir, pero ocasionados a graves conflictos, dada la situación actual del vecino imperio y la actitud amenazadora de la demagogia. La abstención absoluta y sistemática del gobierno en la lucha electoral, es, como dice muy acertadamente *La France*, superior a las fuerzas humanas.

No existe en Inglaterra ni en los Estados Unidos: el poder debe y necesita defenderse. Lo que siempre merece vituperio, lo que a toda costa debe evitarse, es la expresión ilegítima, el empleo de las fuerzas administrativas en provecho de un candidato; pero géomo es posible pretender que el gobierno, ocupado un día y otro en la educación política del país, se muestre completamente indiferente, cuando el árbitro supremo, el sufragio universal, va a pronunciar su fallo? Creemos, pues, con nuestro ilustrado colega, que M. Ollivier al comprometerse a guardar siempre una neutralidad absoluta, ha ofrecido más de lo que podrá cumplir, expresándose en esta discusión, más como individuo de la fracción de los cinco, que como jefe de un gobierno parlamentario.

Terminada esta discusión con el voto antes mencionado, el Cuerpo legislativo acordó suspender sus sesiones hasta el 7 del actual. El Senado en su sesión del 25 se ocupó de trece peticiones relativas a la libertad de la enseñanza superior, y de otra que con la libertad absoluta en esta materia, reclamaba la supresión del precepto de Instrucción pública. La alta Cámara, conformándose con las conclusiones del ponente, M. Quentin Bauchart desechó la petición última, y acordó que las demás pasasen al ministerio respectivo.

Es curioso el siguiente decreto que publica el *Rappel*:

«Luis Felipe II, rey de los franceses, por la gracia de Dios y la voluntad de la calle de Poitiers, «A todos los que las presentes vieren, etc.: «Considerando que el imperio se ha convertido en una pera madura; «Considerando que la monarquía ciudadana es la mejor de las repúblicas; «Considerando que el progreso es la ley de las sociedades humanas en general, y en particular la del pueblo francés; «Vista la necesidad de hombres nuevos y de cosas nuevas, «Hemos decretado y decretamos lo siguiente: «Artículo 1.º La carta de 1830 se restablece en 1870, en vez de la Constitución de 1852, depositada en los archivos, bajo la custodia de M. de Keratry.»

Según otros decretos nombrando ministros a MM. Guizot, Thiers, de Broglie, Dufaure, general Lobau, Casimir Perrier, Duchatel, Duvergier de Hauranne, de Montalivet, etc.: confiriendo al príncipe Napoleón el mando de la fragata que ha de ir a Claremont a buscar las cenizas de Luis Felipe, y al príncipe de Joinville el del buque encargado de llevar a Santa Elena a Luis Napoleón, para que termine allí la vida de César.

Esta intencionada sátira, es un ataque terrible a los orleanistas, y tiene por objeto demostrar que no se ha abandonado la Constitución de 1852, sino para volver al régimen de 1830. También merece tomarse en cuenta la actitud del periódico *Le Peuple français*, dirigido por M. Duvernois, y al que se suponía inspirado por altos personajes. Este diario, cuya adhesión al imperio es muy conocida, se declara de oposición al ministerio Ollivier, y por más que pretenda ser único responsable de sus opiniones, no nos parece sobradamente aventurado suponer que puede ser eco de otras más elevadas.

Continúa en Munich la crisis ministerial, y no habiendo sido admitida la dimisión del príncipe de Hohenlohe, parece probable que este continúe al frente de los negocios. En las elecciones parciales que acaban de verificarse en Baviera, el partido progresista ha obtenido un triunfo notable.

Nuestros lectores saben que, anulada por la Cámara de los Comunes la elección del feniano O'Donovan Rossa, debía nombrarse un nuevo diputado por el distrito de Tepperary; los electores, dando prueba de buen sentido, no han dado sus sufragios al expresado individuo, lo cual hubiera equivalido a inutilizarlos, sino que han votado a Mr. Charles Kickham, feniano también, pero que no ha estado sujeto a la acción de los tribunales: este candidato había triunfado en la prueba preparatoria, llamada *nomination*, y se creía que saldría vencedor en el *poll*.

La tranquilidad pública, momentáneamente alterada en el vecino reino de Portugal, se ha restablecido por completo: carecen de fundamento los rumores de crisis ministerial, y se cree que el gobierno obtendrá una gran mayoría en las próximas elecciones.

La France, ocupándose de la última carta dirigida a *La Iberia* por el duque de Montpensier, dice, que este parece pedir a los ecos de la Península una receta infalible para preservarse de la sospecha de que aspira al trono. El medio (dice nuestro colega), es muy sencillo, y consiste en que el conde de la Reina Isabel manifieste clara, formal y categóricamente su firme voluntad de no subir al trono de su cuñada y de su sobrino. Esto le parece fácil a *La France*, pero no debe serlo tanto cuando no lo pone en práctica el desinteresado hijo de Luis Felipe.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS 25 (por la tarde).

El emperador ha concedido una reducción de condena a 75 militares.

Emilio Ollivier ha tenido una larga conferencia con el arzobispo de Argel, y hablando del Concilio, ha declarado que el gobierno francés no tenía para que mezclarse en los asuntos interiores de la Iglesia.

BRUSELAS 25.

Los franceses residentes en esta capital, no han celebrado, contra su costumbre, el aniversario del 24 de Febrero de 1848.

MUNICH 26.

No habiendo podido hasta la fecha resolverse la crisis ministerial, parece probable que el príncipe Hohenlohe quedará al frente del gabinete.

En las elecciones parciales que acaban de tener lugar, el partido progresista ha conseguido un notable triunfo.

LISBOA 27.

Las últimas noticias de las provincias son completamente satisfactorias, bajo el punto de vista de la tranquilidad pública.

Todos los rumores relativos a una crisis ministerial, carecen de fundamento.

Crese que las próximas elecciones darán una gran mayoría favorable al gobierno.

El ministerio tiene la seguridad más absoluta de que el ejército permanecerá fiel a sus deberes y a la causa del orden.

PARIS 26.

El diputado Gerónimo David ha reunido en su domicilio a 56 diputados de sus opiniones, con objeto de preparar los medios oportunos para llegar en su día a derribar el gabinete.

VIENA 26.

El emperador Fernando está gravemente enfermo.

NEW-YORK 25 (por el cable).

Las últimas noticias de Méjico aseguran que Juárez está resuelto a hacer renuncia de la presidencia de la república.

PARIS 28.

«El Diario Oficial» dice que el emperador ha recibido ayer en audiencia solemne al Sr. Casal Rivero, ministro de Portugal.

ROMA 27.

Los partidarios de doña Isabel de Borbon que se han reunido en esta capital, lo han hecho con el objeto exclusivo de asistir a la primera comunión del príncipe de Asturias.

Han tenido lugar entre el embajador de Francia y el cardenal Antonelli unas explicaciones bastante ágras, provocadas por la cuestión de la moneda de los Estados del Papa.

SAN PETERSBURGO 27.

El «Journal de San Petersburgo» desmiente la noticia de que el gobierno del czar, de acuerdo con la Puerta Otomana, haya concentrado tropas en las orillas del Danubio, con el objeto de estar a la mira de los acontecimientos que de un momento a otro pueden estallar en la Rumania.

GACETILLAS.

Cuestión de nombres. El ministro de la «trenza inextinguible y del gorró a la francesa», imitando a aquellos revolucionarios de plazuela cuyas reformas se reducen a variar el nombre de las calles, ha dicho con vanagloria en la sesión del sábado que el canal de Isabel II se denominará en lo sucesivo canal de Lozoya. ¿Qué medida tan trascendental! Siguiendo por ese camino los nombres de poblaciones que recuerden el de nuestros antiguos reyes deben sustituirse por otros que lleven a las edades futuras el de los libertadores de 1868.

Así, en vez de las Filipinas podrán llamarse, islas Topetadas, en vez de la Carolina, la Primada, en lugar de las Marianas, las Serranas, etc. etc.

Las mismas condecoraciones deben también variar de nombre.

A la orden de Carlos III podría muy bien llamarse orden de *Cain II*, la de Isabel la Católica, orden del Hambro, a la de San Juan orden de San y Capdevila; y hasta al mismo *Touison de oro* sin perder ninguno de sus atributos quizá le convendría el nombre de orden de *Ruiz Zorrilla*.

Por supuesto, decía un médico al enfermo mientras le tomaba el pulso: en vista de estas explicaciones creerá V. que soy un charlatan.

Doctor, respondió el paciente; ya veo que V. capaz de descubrir los pensamientos más ocultos de un hombre con solo tomarle el pulso.

Un escribiente a su jefe.—Dígame V., ¿con qué se escribe *ceneno*, con *b* o con *v*?

—Hombre, que curioso es V.; eso se reserva para cada uno.

«El Figaro» dice que patinaban días pasados en el estanque de Luxemburgo, no hombres ni mujeres, sino perros. Eran tres a quienes su amo les había puesto unos boreguis con suelas de acero formando patines. Al decir del colega parisiense, era asombroso ver con qué agilidad y ligereza se deslizaban por el hielo los nuevos patinadores, dando envidia a los elegantes del Bosque de Bolonia. Un aficionado que quiso mezclarse en sus juegos, fué recibido a mordiscos, y se vió precisado a dejar la perenna compañía.

ALCANCE.

La *Gaceta* de hoy publica una orden del ministerio de Marina disponiendo que todos los retirados del ramo que tienen condecorados sus haberes en cualquiera de las cruces de Ultramar y no residen en las provincias en que residen, los cobrará desde 1.º de

cio. Las palabras del general Prim, que vienen a quebrantar por completo, no uno sino muchos artículos de la Constitución del Estado, privando de su derecho y personalidad a una multitud de ciudadanos por el mero hecho de pertenecer a una clase donde la mayor parte son detenidos por la fuerza, y en virtud de la ley, son graves, profundamente graves.

El general Prim se jactaba en la sesión de ayer de haber infringido y conculcado la ley fundamental, prohibiendo a los militares la asistencia a las reuniones y el uso de todos los derechos políticos.

El ministro de Marina, que había interrumpido al ciudadano Sorni cuando preguntaba en virtud de qué ley se prohibía a una clase de ciudadanos el goce de los derechos, citando la ordenanza, quiso en vano, invocando el art. 21 de la Constitución, hipócrita, pero torpemente, atrincherarse en el texto que prohíbe a la fuerza armada deliberar.

Cómo andarán los huesos del simpático Sr. Figuerola, cuando *La Opinión Nacional*, único periódico que alguna vez tenía conatos de defender al desdichado ministro, escribe ayer un artículo del cual tomamos los siguientes párrafos:

«Las cosas han llegado a un punto en que no es ya solo difícil, sino imposible, seguir guardando silencio: la situación de la Hacienda es tan precaria, que equivale a una disimulada bancarota; y el no manifestar con franqueza lo que pensamos nos haría creernos cómplices de los males que puedan sobrevenir. Digamos, pues, todo lo que sin faltar a los propósitos que hemos enunciado, nos es permitido decir.

Que la situación de la Hacienda es de las más críticas por que ha atravesado desde 1852, no tenemos necesidad de demostrarlo. Jamás desde entonces acá se han visto prodigados los fondos públicos por menos de la cuarta parte de su valor nominal; aun en períodos azarosos como el de 1854 a 56, análogo a este que atravesamos, cuando el Tesoro se hallaba privado como hoy de impuestos tan considerables como el de consumos, los fondos públicos no bajaron nunca del tipo de 32; el gobierno hallaba dinero a un interés que nunca pasó del 9 por 100; las atenciones del Tesoro se pagaban con un atraso insignificante, pues nunca excedió de dos meses, y cuando el Estado necesitaba emitir papel, no recibía condiciones de los compradores, sino que podía imponerlas a los menos concertadas con ellos sin desdoro ni bochorno para el crédito del país.

Hoy, la situación de la Hacienda es tan inferior a la de entonces, que recorriendo todos los períodos de su historia, solo la hallamos comparable con la que atravesó durante la guerra civil. Un presupuesto con un déficit enorme y sin esperanza de nivelación; una deuda que si se paga es tomando dinero al 14 por 100 y dando en garantía títulos a un tipo inverosímil; clases numerosas que llevan ocho y nueve meses sin percibir sus asignaciones; pueblos que resisten el pago de las contribuciones; y contribuciones tan mal distribuidas ó tan torpemente planteadas que hacen imposible su cobranza; la penuria, el caos; este es y no otro el estado de la Hacienda.»

«El Sr. Figuerola ha abusado del crédito y de las eximiones de valores públicos de una manera lamentable; ha realizado una reforma arancelaria que ha defraudado las esperanzas de cuantos cifraban en un rapidísimo aumento de los ingresos de aduanas la compensación de lo que el Tesoro ha dejado de percibir por la falta de las rentas de consumos, sales y tabacos; ha planteado un impuesto como el de capitación que no puede cobrar; ha renunciado a reformas tan importantes como las introducidas por el Sr. Ardanaz en el presupuesto de gastos, reformas aceptadas por los tenedores de papel, que preferirán siempre cobrar el 20 por 100 menos de sus intereses a no cobrar ninguno; ha puesto un veto a toda economía que no se halle en los presupuestos presentados a las Cortes, por más que sea iniciada y sostenida por diputados de todas las ideas; ha hecho, en fin, imposible que pueda ni aun pensarse en otra cosa que lo que su señoría halla bueno, perfecto, inimitable, aunque las Cortes, la prensa, y el país lo consideren funesto y completamente inadmisibles.

Con semejante conducta, claro es que la posición del Sr. Figuerola se hace cada día más crítica, y que si no desiste de sus propósitos, se hará absolutamente insostenible antes de lo que su señoría se haga la ilusión de creer.»

Si después de leídas las frases que preceden, esto no es querer sus mismos amigos echar con cajas destempladas al desastrosos ministro, ¡venga Dios y véalo!

SECCION DE NOTICIAS.

En el día de hoy, desde las diez de la mañana a las dos de la tarde, satisfará la tesorería central el cupon vencido en 31 de Diciembre último de los bonos del Tesoro, cuyas carpetas tengan los números 941 al 972, así como los bonos del Tesoro amortizados en 31 de Diciembre último cuyas carpetas se hallen señaladas con los números 111 al 116.

La caja de la administración económica de la provincia de Madrid abre el pago por haberes del corriente mes de activos y pasivos que cobran por la misma.

El pago de las clases pasivas tendrá lugar, a saber:

Día 1.º, de diez a tres.

Retirados, clase de tropa; retirados de Marina, ex-claustros, emigrados, convenidos, Monte-pío militar, primera clase y Monte-pío de jueces.

Día 2, id. id.

Retirados, jefes; Monte-pío militar, tercera clase, y Monte-pío civil, letras de la A a la F inclusive.

Día 3, id. id.

Cesantes de Hacienda; Monte-pío de Marina y Monte-pío civil, letras de la F a la Z inclusive.

Día 4, id. id.

Cesantes de todos los ministerios, menos Hacienda, pensiones de gracia y Monte-pío civil, letras de la M a la Q inclusive.

Día 5, id. id.

Retirados, capitanes y subalternos, y Monte-pío civil, letras de la R a la Z inclusive.

Día 7, id. id.

Jubilados de todos los ministerios y Monte-pío militar, segunda clase.

Días 8 y 9, de doce a tres.

Todas las nóminas, sin distinción.

Día 10, id. id.

Retenciones exclusivamente. Se reproducen las advertencias de los demás meses.

D. Antonio Merelo, contador de la aduana de Valencia, ha sido nombrado inspector de muelles y marina de la de Barcelona, y el contador electo de la aduana de Cádiz, D. Luis María Molina, ha sido trasladado con igual destino a la de Valencia.

En la madrugada del sábado ocurrió una lamentable desgracia en el monte del Pardo. Cinco trabajadores acostumbraban a dormir en una cueva de dicho punto, y uno de estos notó que se desprendía alguna tierra, y habiendo dado la voz de alarma a sus compañeros se dispusieron a salir, pero no con tanta ligereza como hubiera sido necesario, pues el hundimiento que sobrevino inmediatamente cogió a dos en la puerta, causándoles graves heridas y la muerte a un anciano que se hallaba

dentro de la cueva. Los heridos fueron trasladados al hospital de la Caridad, en donde uno de estos, hoy del mundo, continuaba con pocas esperanzas de vida.

Según decretos publicados en la *Gaceta* del domingo, ha sido admitida la dimisión que ha presentado D. Segismundo Moret y Premiergast del cargo de comisario diputado del Almirantazgo, nombrándose en su lugar a D. José Luis Albareda, diputado de las Cortes Constituyentes.

Ha sido declarado en situación de reemplazo el comandante de la comisión de reserva de caballería de Valencia D. Leoncio Lillo.

Se ha dispuesto que el coronel de artillería D. Joaquín Enríle, que se halla en situación de excedente en Cádiz, pase a desempeñar la comandancia del arma y del parque de dicha plaza.

Ayer tarde se ha reunido la comisión de autorización de los proyectos de Gracia y Justicia. Esta comisión tiene ya terminados los proyectos sobre interdicción, oficios enajenados y abolición de la pena de argolla. Quizá hoy habrá terminado ya la ley de casación. Ha asistido el Sr. Montero Ríos.

Háblase hace días de un hecho ocurrido en el teatro del Príncipe Real en Lisboa, con una joven actriz española, la señorita Consuelo Luján, hija de la conocida tipie española de ese nombre.

Suponíamos que sería un galanteo ó un episodio amoroso de los muchos que tienen lugar en el teatro, y que rara vez terminan en drama; pero nos aseguraron que este tuvo un carácter grave: que la actriz fué víctima de violencias y golpes, y que ha quedado de sus resultados contusa y medio ciega. La autoridad consular respectiva entiende en el asunto, y la policía local trata de levantar, aunque tarde, los autos respectivos.

Según se dice, parece que los tribunales están entendiendo en una sustracción de barras de plata que se ha descubierto hace pocos días en la fábrica de moneda; también se agrega que algunas de estas barras se encontraron en una prendería de esta corte.

SECCION DE PROVINCIAS.

Las Provincias, periódico de Valencia, publica en su número del 26 del pasado una carta de Alcalá de Chisbert, en que le refieren una tentativa de robo que tuvo lugar el 23 en aquella villa, de seis y media a siete de la noche.

Parece que a esa hora se dió aviso al regidor, don Nicolás Domenech, de que según las voces que se oían, deberían estar robando en casa de Bautista Larroca: inmediatamente el regidor, acompañado del jefe de los guardas rurales, Bernardo Moya, se dirigió al sitio indicado a tiempo que los ladrones, después de haber exigido mil duros a Larroca, trataban de escapar por la puerta de la casa, más encontrándose con Domenech, Moya y los serenos que les dieron la voz de alto, cerraron la puerta y obligaron al dueño de la casa a que les abriese la puerta de los tejados; pero ya Domenech y Moya los esperaban en los de la casa contigua, desde donde les hicieron fuego a que contestaron los ladrones hiriendo al regidor Domenech, produciendo gran alarma en la población. Consiguieron, por último, la captura de dos de los cacos, que son toreros, si bien se cree que habría algunos de la población que, aprovechándose del conocimiento que deberían tener de la construcción de las casas, lograrían escaparse.

Según dice *El Euzalduna*, en Bilbao había corrido una noticia grave estos días relativa al *Leviathan*. Este vapor, que ha tendido varios cables submarinos, y que ha tendido el de la India por el cabo de Buena Esperanza, es posible que se haya perdido, pues un buque llegado a Londres de dicho punto, ha llevado la nueva de que había un mes que el *Leviathan* era esperado en la ciudad del Cabo, y ninguna noticia se tenía de él.

Si esto se confirma, muchos intereses y muchas vidas se habrán perdido.

En las costas de Portugal también ha habido que lamentar algunos siniestros, que afortunadamente no han causado muchas víctimas.

En la tarde del 23 llegó a Lérida un teniente y alguna fuerza de artillería, para aumentar el pequeño destacamento que guarnecía los castillos de aquella plaza, y en la del 26 el batallón cazadores de Vergara, procedente del distrito de Castilla la Nueva. También parece que se espera el de Figueras que quedará acantonado en Cervera.

Leemos en *El Alto Aragón*: «Hace pocos días recogió el gobierno y llevó a Madrid sesenta mil duros que existían en la caja del Tesoro de esta provincia, con los cuales podrían haberse cubierto atenciones muy perentorias e importantes. Aquella cantidad fué a Madrid, y casi se cruzó con la de diez y siete mil duros que de Toledo vinieron a Huesca. ¿A qué sacar los sesenta para enviar al mismo tiempo diez y siete? ¿Qué desbarajuste!»

De *La Andalucía*, diario sevillano, tomamos lo siguiente:

«Los campos se presentan bien en casi todas las provincias, y es de esperar que habrá buenas cosechas si la primavera no les desfavorece.

En cambio, de todas partes llegan lamentaciones y noticias desconsoladoras, respecto a la apurada situación de los municipios y contribuyentes, que carecen de recursos; pesando ya sobre muchos de aquellos el gravamen de los apremios. Es grandísima la miseria en algunos puntos.»

Escriben de Alicante con fecha 27 del pasado:

«Ayer continuó reunida la diputación provincial, dedicando toda su atención y sus tareas a la cuestión económica, cuyas dificultades crecen por instantes. En efecto, las atenciones imprescindibles apremian, las obligaciones del personal, beneficencia, instrucción pública y otras, no menos perentorias, no se cubren, y esta situación es insostenible.

La diputación provincial de Valencia ha decidido que se celebren elecciones parciales de ayuntamiento en el pueblo de Terrateig, donde falta nombrar dos concejales.

Se ha autorizado al ayuntamiento de Játiva para que, en calidad de reintegrables, utilice los fondos del pósito para cubrir sus atenciones, en esta época de absoluta carencia de recursos en que se encuentra.

Leemos en *El Fomento de Barcelona*:

«La creencia de que en una casa que ha sido robada se puede dejar al siguiente día sin vigilancia alguna porque los ladrones no volverán a ella seguramente, se vió desmentida ayer, pues el almacén de petróleo de la calle de la Paz, bajo muralla, que el día anterior fué robado, anteanoche volvió a ser visitado por los cacos, que revolvieron todos los cajones del escritorio, sin encontrar nada que pudiera aprovecharles.»

Dice un colega de Girona que en un café de aquella ciudad, donde uno de estos últimos días se daba un baile, se puso a la puerta el siguiente letrero: «No se permite la entrada a ninguna persona decente.»

El baile, según el colega, estuvo concurrendísimo.

Ayuntamiento de Madrid.

Enero de este año con arreglo a lo que les correspondía en la Península por sus empleos y años de servicio según las leyes vigentes en las fechas en que se retiraron.

PARIS 1.º de Marzo.

Asegúrase que se ha descubierto en Bucharest una conspiración tendiendo por objeto el asesinato del príncipe Carlos de Rumania.

LONDRES 1.º de Marzo.

Un vapor inglés ha chocado en las aguas de Yokohama con una corbeta de guerra de los Estados Unidos, la cual se ha ido a pique pereciendo ahogados los 120 hombres de su tripulación.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 28.

FONDOS PÚBLICOS.	ÚLTIMOS PRECIOS		Alta...	Baja...
	DEL 26	DEL 28		
3 consolidado.....	23-15	23-30	15	
Id. pequeños.....	23-25	23-60	35	
Id. fin del corriente.....	23-20	00-00		
Id. exterior.....	26-60	28-40	180	
3 precedente diferido.....	23-90	22-90		
Id. fin de mes.....	00-00	00-00		
Id. personal.....	00-00	00-00		
Billetes hipotecarios.....	20-90	00-00		
Id. 2.ª serie.....	90-55	90-55		
Banco de España.....	130-50	130-50		
Bonos del Tesoro.....	60-50	59-80	30	

FERRO-CARRILES.

Obligaciones de 2.000.....	43-00	43-00	10	
Id. nuevas.....	00-00	42-10		
Id. de 20.000.....	00-00	42-00		
Id. nuevas.....	00-00	00-00		

CARRETERAS.

Abril de 1850.....	00-00	00-00		
Agosto de 1852.....	00-00	00-00		
Julio de 1856.....	00-00	00-00		

CAMBIOS.

Lóntres a 90 días fecha.....	49-80	49-80		
París a 8 días vista.....	5-19	5-19		

MERCADOS.

Precios de granos y artículos de consumo al por mayor y menor en el de esta capital, según los partes del ayuntamiento:

Carne de vaca, de 4'800 a 5'200 escudos arroba, y de 0'165 a 0'188 escudos libra.
Idem de cerdo, a 0'165 escudos libra, y de 0'164 a 0'188 escudos arroba.
Idem de ternera, de 0'400 a 0'500 escudos libra.
Tocino añejo, de 8'300 a 8'400 escudos arroba, y de 0'370 a 0'384 escudos libra.
Idem fresco, de 0'312 a 0'350 escudos libra.
Idem en canal, de 6'400 a 6'800 escudos arroba.
Jamón, de 0'500 a 0'600 escudos libra.
Aceite, de 6'800 a 7'200 escudos arroba, y de 0'236 a 0'248 escudos libra.
Vino, de